



Una fiesta en Hollywood

LAUREL-HARDY · LUPE VELEZ
JIMMY DURANTE · JUNE CLYDE
EDDIE QUILLAN

EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS



UNA FIESTA EN
HOLLYWOOD

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN
ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona
AGENTE DE VENTAS
Sociedad General Española de Librería - Barbard, 16 - Barcelona

EDITORIAL
"ARS"

Publicación semanal

Año XI

Núm. 183

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

Una fiesta en Hollywood

Pintoresca revista graciosísima del más puro
astracán, con intervención de los incommen-
surables Laurel y Hardy, domadores de
fieras, del gran Narizotas Jimmy Durante,
imitador de Tarzán, de la bravía Lupe Velez
y de otros muchos grandes artistas de la
Metro. ∞ Una fiesta que celebra Durante
para adquirir unos leones, en la que ocurren
los más inverosímiles suce-
sos que hacen reventar de
risa, y, luego resulta que
todo ha sido un sueño.



Calle Mallorca, 201
BARCELONA

Imprenta Comercial - Valencia, 234 - Teléfono 70657 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

LAUREL y HARDY	Ellos mismos
Jimmy Durante, (Narizón) .	JIMMY DURANTE
Harvey Clemp	Charles Butterworth
Henrietta	Polly Moran
Lupe	LUPE VELEZ
Frances Williams	Ella misma
Barón de Villa Embustes .	Jack Pearl
Bob	EDDIE QUILLAN
Linda	JUNE CLYDE
Liondora (Duque)	George Givot
Kuapp	Richard Carle
Charley	Ben Bard
Beabers	Torn Kennedy
Mickey Mouse	El mismo

Producción de

HARRY RAPH

basada en una historia original, escrita expresamente para la pantalla, por

HOWARD DIETR

y

ARTHUR KOBER

Dibujos animados por cortesía de

WALT DISNEY

Director artístico:

FREDRIC HOPE

NARRACIÓN DEL FILM POR

MATÍAS PÉREZ

Una fiesta en Hollywood

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

PROLOGUITO

Tiene tanta gracia esta película, cuyo argumento vamos a narrar, que sólo de pensar lo que ha de escribir, se ríe el narrador a carcajada limpia.

Es preciso hacerse cargo de que se trata de una superproducción llena de frivolidad en la que todo provoca la risa y, rindiendo pleitesía al buen humor, no hay que tomar en serio absolutamente nada.

El narrador necesita, también, situarse en el mismo plano y sentirse algo humorista. Da prueba de ello escribiendo estas líneas. Cuando un escritor dice "y finalmente", hay que echarse a temblar. Cuando un orador exclama "y para terminar, señores", hay que contar con una tabarra de dos horas. Y el narrador titula esta introducción "Prologuito" y la hace corta, cortísima. ¡Es el colmo del humorismo!

LAS PELÍCULAS DE NARIZÓN

EN Hollywood, donde casi todo el mundo trabaja en la cinematografía o para la cinematografía, o aspirar a trabajar, también hay cines. Y cines que se llenan de un publicito que se las trae, muy difícil de engañar con trucos, porque son del oficio. Resulta algo paradójico pensar en esos artistas que se pasan el día posando ante el aparato toma-vistas y, por la noche, llena los salones. Pero ello es así.

Cierta tarde se encontraba en la

puerta de un salón el empresario de un gran cinematógrafo contemplando con grata satisfacción el gentío que se detenía a ver su propaganda y la mucha gente que se decía al entrar. ¡Y el salón estaba lleno! Naturalmente, el empresario sonreía.

Un gran cartelón fijado en la fachada con la sugestiva imagen de la Greta Garbo, era lo que llamaba la atención de los transeúntes y decidía a muchos a entrar.

En esto llegó Knapp, el «manager» del grande, inmenso e incommensurable artista y productor Narizón, y le saludó:

—¡Hola! ¿Cómo va el negocio?

—¡Estupendo! ¡Es la Garbo!—le contestó el empresario señalándole el cartel.

—Aún le irá a usted mejor la semana próxima, cuando proyecte mi película de Narizón. ¡Vaya estrella! ¡Vaya estrella! ¿Ha proyectado ya el «trailer» de ella esta tarde?

—Está a punto de proyectarse.

—Voy a verlo.

Y Knapp penetró en el salón, permaneciendo en el pasillo.

En la pantalla aparecía el final de la película de la Greta Garbo y, al aparecer la palabra «fin», el público aplaudió con verdadero entusiasmo.

Después se procedió a proyectar el «trailer» de película de Narizón, con los títulos:

«Acudid a este teatro. El inmenso rey de los pantanos, el gran Narizón el conquistador.»

Y los títulos, que habían ido fundiéndose unos en otros, se fundieron finalmente en varias breves escenas de la película anunciada: primero, una escena cínicamente robada a la película de Tarzán, a quien Narizón trataba de hacerle competencia, habiendo adoptado para ello aquel nombre que, sobre concordar con su inmensa nariz, recordaba eufóricamente el del hombre-mono. Se veía a Tarzán saltando de árbol en árbol,

pero como su figura era lejana y pequeña, era difícil identificarlo.

Y después apareció Narizón, saltando de los árboles al suelo, como si hubiese sido él el de los saltos. Vestido a la manera de Tarzán.

Después apareció en escena un terrorífico elefante; luego, varios hipopótamos saliendo del agua; más tarde, varias jirafas corriendo hacia la izquierda, entre los árboles, y, por la derecha, un cocodrilo que causaba espanto.

Y volvieron a aparecer en la pantalla letreros diciendo:

«La selva virgen... animales feroces... peligros inauditos... que no arredran a Narizón el conquistador.»

Por la izquierda de la pantalla se vió luego un león y a la derecha Lupe Vélez, en traje de mujer de la selva, corriendo a través de ella.

Y se presentó Narizón, y luchó con el león brava y ferozmente, rodando ambos por el suelo, hasta que el gran Narizón logró matar a su terrible enemigo. Y, mientras, Lupe Vélez, allá lejos, miraba hacia la izquierda, Tarzán puso un pie sobre el cadáver del león y habló:

—¡Oh, qué sano es esto!—dijo con la mayor seriedad.

Y Lupe apareció en la pantalla caminando lentamente, sorprendió a

Narizón en tan arrogante postura, se acercó a él y lo abrazó.

Otros letreros y después otra escena. Narizón y Lupe están en un árbol; él, sobre las rodillas, y ella, sentada en una rama. Están de «monos», como se dice entre los enamorados, y ella le huye el bulto. Narizón le decía:

—¿No estás viendo, pedazo de salvaje, que soy un ser humano, aunque tenga la misma apariencia de King-Kong?

—¿Tú humano?—le contestaba Lupe entre grandes carcajadas—. ¡No me hagas morir de risa!

—¡Ah! ¿Conque no me crees, eh? ¡Te burlas de todo un soberano!... Entérate de que bajo esta piel de león—le contestó Narizón golpeándose el pecho cubierto con los despojos de una fiera—palpita un corazón lleno de sentimentalismo.

—¡Oh! ¡Lo mismo le debes decir a todas las monas de la selva! ¡Vete!...

—¡No!... ¡No es cierto!... ¡Escúchame, pedazo de salvaje!

Y esto lo decía el gran Narizón compungido y lleno de amorosos sentimientos inspirados por la mujer jaguar, temblándole de emoción la nariz, la inmensa nariz, toda su nariz... ¡que ya es temblar!

Como puede verse, la gran película del incommensurable Narizón

era un auténtico modelo de elegancia versallesca.

Y Narizón lanzó un grito y trepó a un árbol.

A continuación, en el anuncio ilustrado con proyecciones de aquella película aparecieron otros títulos:

«No deje de ver a Narizón, el desafiador de más horribles peligros... ¡A Narizón el conquistador! ¡Acudid a este teatro a verlo!

Knapp presenció complacido la perfección de aquel anuncio que era su obra personal y, al terminar, aplaudió, sin que sus aplausos encontraran eco. Un joven y una muchacha que estaban sentados cerca de él, a la derecha, se levantaron, marchándose para abandonar el salón. Ya habían visto a la Greta Garbo, que era lo que les interesaba, Knapp marchó tras ellos. El también había presenciado la proyección de lo que merecía su interés, y se marchaba también.

Y el joven le dijo a la muchacha, lo bastante alto para que lo escuchase Knapp:

—Pues lo que es a mí, yo te aseguro que no me pescan la semana que viene para ver esta lata de Narizón... ¡Que la vea su abuela!

—¡Oiga!—le interpeló Knapp—. No llame usted lata al mejor film de mi estrella.

—¡La-ta!

Y luego insistió riéndose:

—¡La-ta!

Y Knapp, dirigiéndose al empresario del salón, que estaba allí cerca y había presenciado la escena, le dijo:

—Debiera haber una ley... Usted no debiera consentir que sus clientes dijieran en público esas cosas...

Y el empresario, con gran pachorra, le contestó:

—Le voy a ser a usted sincero, mister Knapp... Narizón está huido... El público no acepta ya esos leones anémicos, desdentados y apolillados con los que pelea eternamente.

En esto se presentó Goldfarb, el competidor, dedicado a hacer películas del mismo estilo y con parecidos trucos, oponiendo a Narizón, estrella contra estrella, a su actor Liondora.

—Tiene razón—dijo, dándosela al empresario—, tiene razón. Usted fracasará con Narizón... pero a la semana siguiente multiplicará el dinero con mi estrella... el único... el inimitable... Liondora.

—¡Liondora! — exclamó Knapp con acento despectivo—. ¡Esa pésima imitación del incommensurable Narizón!

—¿Qué está usted diciendo, in-

feliz? ¡Narizón ya pasó de moda.

—No discuta usted inútilmente, mister Goldfarb—medió el empresario—. Liondora fracasaría igual... Ni siquiera lucha en sus películas con verdaderos leones... Yo lo sé porque un pariente mío hizo un papel de patas traseras... (Risa maliciosa de Knapp.) Espere... Yo, en lugar de ustedes, procuraría adquirir los leones más feroces que pudieran cazarse en las selvas africanas... ¡Leones auténticos!... ¡De los que destrozan al domador!... ¡Esos son los únicos que podrían atraer al público!

—¡Leones de los más feroces!... ¡De los que destrozan! — dijo Knapp—. ¡Esa es una gran idea!

Y llamó a un chófer y le dijo:

—Hágame el favor de llevarme inmediatamente al vivero de leones africanos.

Por lo visto, en Hollywood, los leones se plantan y crían en viveros como los tomates.

«El vivero de los leones» era sencillamente una colección de fieras bastante apolilladas propiedad de los terribles domadores bien conocidos por el público que en toda la superficie del Planeta visita los cines: Laurel y Hardy. ¡Los incomparables Laurel y Hardy! El uno gordo y el otro flaco y compenetrando-

se los dos en una solidaridad artística absolutamente insoluble.

—Buenos días, Oli—le dijo Laurel, que llegaba de la calle, a Hardy.

—¿Dónde te has metido?—le preguntó Hardy.

—Fuí a comprar un copo de comida para los leones—contestó el gordo, mostrando un paquete pequeño.

—¿Y esa es toda la carne que traes?

—¡Esto no es carne!

—¿Pues qué es entonces?

—¡Es pescado! ¡Fíjate!

—¡Pescado!... ¿Y cómo te se ha ocurrido traer pescado para los leones?... ¡Díme!

—Pues... porque hoy es viernes...

—¡Es viernes!

—Creí que variar les gustaría.

—¿Dónde has visto tú que para comer se les dé a los leones pescado?

—Probando, nada se pierde... Y, si les gustase, no tendríamos que comprar más carne de caballo... Y ya he calculado lo que podemos ahorrar... Pueden ser muy bien...

—Tienes razón—le interrumpió Hardy—. Y me sorprende que una idea tan brillante como esa haya podido salir de tu cabeza.

—¡También a mí me ha sorprendido... ¿Cómo crees que debemos dárselo?... ¿Poniéndole mahonesa?

¿O haciendo con él unos pastelillos?...

—No tienes que preocuparte más de los que habrá que darles de comer a los leones... Mientras tú estuviste fuera, yo logré hacer un magnífico negocio... Le vendí los leones a cierto barón de Villa Embuste, por cincuenta mil dólares, el cual vendrá esta misma tarde y me entregará un cheque para cobrar el importe.

—¿Cincuenta mil dólares?

—Justo.

—Bueno, y entonces ¿qué vamos a hacer con esto?—le preguntó Laurel mostrando el pescado.

—Eso a mí no me interesa absolutamente nada.

—Pero es posible que a los leones les guste el pescado... Tal vez se pueda...

—Dámelo a mí.

—¿Qué harás con el pescado?

—Quiero demostrarte de una vez para siempre que a los leones no les gusta el pescado... ¿Está bien fresco?

—Me han dicho que acaba de llegar de la costa.

Y Hardy lo olió, sopló y exclamó:

—Pues habrá venido andando.

Un niño, viendo cómo iban a darle su pitanza a las fieras, exclamó:

—¡Ven, mamá, mira! ¡Le van a dar de comer a los leones!

Y Hardy, con el pescado en la mano, penetró confiadamente en la jaula. Sabía bien que cuando les llevaba comida, no se metían con nadie.

¡Pero aquello no era comida! ¡Era para los leones casi una ofensa personal darles para comer un pescado! ¡Confundirlos con un gato! Y se volvieron feroces contra el infeliz Hardy, intentando morderle y arañarle, teniendo éste que salir precipitadamente de la jaula con los fondillos del pantalón, en los que había hecho presa una de las fieras, colgando y profiriendo un grito articulado de espanto y horror.

—¿Qué te ha pasado?—le preguntó Laurel.

—Exactamente lo que te dije antes. Que no les gusta el pescado.

—Ahora ya estoy bien convencido. Ya sé que no les gusta más que la carne.

—¿Y me lo dices a mí?—respondió Hardy, dando media vuelta y mostrando sus pantalones destrozados—. Fíjate.

—¿Tú crees que se puede ir por ahí con el asiento colgando?

—Ya sé que no se puede ir a sí. Tienes que buscar una aguja y un hilo y cosérmelo.

—Quítate los pantalones y te los compondré en un momento.

—No puedo quitarme los pantalones. Son los únicos que tengo.

—Bueno...

—Habrás de cosérmelos puestos.

—Te los coseré como quieras.

—Sólo faltaba que apareciera ahora algún fotógrafo.

—No lo creo.

Y en la postura lógica y natural para tan trascendental operación, flexado por su cintura, Hardy y Laurel en cuclillas tras él, cosía este último con dificultad, portestando el otro.

—¿Quieres dejar ya de soplar-me?

Y era que el gordo, en cuclillas, jadeaba y arrojaba su aliento sobre la blanda carne aún al descubierto.

Pero aún pasó algo peor, y fué que se deslizó la aguja intentando coser la tela con la carne.

—¡Ten más cuidado! ¿Es que no sabes que esto es tierno?

—Pues no tendría que serlo.

—¿Qué significa que no tendría que serlo?

—¡Que como hace cerca de cuarenta años que te sientas con él!

—A ver si encuentras alguna cosa dura que poner debajo para no clavarme la aguja.

—¡Esa es una gran idea! ¿Qué te parece? ¿Es meor así?

—Sí así es mucho mejor.

Y, como tardase mucho Laurel, interrumpida la difícil operación, Hardy exclamó:

—¿Quieres darte prisa de una vez y no hacer más tonterías?

—No tardaré mucho ahora. Ahora sólo necesito un poco más de hilo y quedará terminado en seguida.

—Está bien, dáte prisa.

Laurel, para cortar el hilo, quiso emplear los dientes, y le atizó un mordisco a Hardy en salva sea la parte.

—¿Pero qué demonios estás haciéndome?

—Nada. Que quería morder el hilo.

—Pues no muerdas tan cerca.

—Es la única forma de romperlo. Ahora tendré cuidado.

—Muy bien. Ten mucho cuidado.

Y cuando estaba a punto de terminarse la difícil operación, se presentó Knapp.

—¡Oh! ¡Perdóneme!—dijo.

—¿Puedo servirle a usted en algo?—le preguntó Hardy.

—Pues... sí. Vengo a tratar con ustedes de cierto negocio.

—¡Ah! ¿Quiere usted tomar asiento?

—¡Bien, sí, gracias!

—¿Qué negocio es ese? Vamos a ver.

Deseo hablar con los propietarios del vivero de leones.

Y Hardy, tras de reírse contestó:

—A su disposición.

—Deseo hablarle acerca... de sus leones.

—¿Pues qué les pasa?

—Pues que... quiero comprarlos.

—Lo siento, señor... pero acabamos de venderlos hace poco.

—¡Oh, sí que es una pena! ¡Qué mala suerte tengo!

Y se marchó descorazonado el «manager» del inmenso Narizón, dejando que Laurel terminase de hacer aquel difícil zurcido.

JIMMY DURANTE EL GRAN NARIZON

El inmenso Narizón, con sus inmensas narices, llegó en traje de jugar a polo ante las puertas de su inmenso palacio cuyas puertas abrió un criado que ostentaba vistosa librea.

Y visto de cerca, no de lejos, como pudimos contemplarlo en la pantalla, resultaba fácil comprobar que el gran Narizón no era otro que el famoso jugador de polo y gran artista cinematográfico Jimmy Durante, con sus mismas narices, con su misma cabeza afechinada, con sus mismos gestos y ademanes que tanto nos han hecho reír tantas veces ante la pantalla.

Abrió la puerta el criado de librea y dentro otros lacayos le saludaron respetuosamente doblando el espinazo. El rey de los pantanos era inmensamente rico y le gustaba vivir rodeado de numerosa y respetuosa servidumbre.

Al que le abrió la puerta le entregó, primero, el capacete de jugar al polo. Luego le fué entregando a

otros lacayos el látigo y los guantes y, finalmente, habló, mientras un lacayo le quitaba el abrigo:

—¡Vaya jugadas!... ¡Vaya jugadas!—dijo.

—¿Ha hecho muchos tantos el señor?—le preguntó el mayordomo, que era quien le había abierto la puerta.

—¿Cómo que si he hecho muchos tantos? ¡Ya lo creo! Me cargué cuatro goals y tres jugadores.

Y rió con su risa franca y comunicativa.

Y diciendo esto, se dirigió majestuosamente hacia su inmensa biblioteca en la que le estaba esperando Knapp. Un lacayo abrió la puerta y penetró el gran Narizón en la estancia diciendo:

—Traíganme mis zapatillas... ¿Cómo estás, Knapp?... ¡Vaya día!

Durante se sentó y Knapp se le acercó diciéndole:

—Jimmie... la cosa está muy seria... Vas perdiendo tu público por momentos... Dicen que todos tus

leones están apolillados, desdentados, y que la mitad de ellos tienen sarna.

—¿Conque sarna, eh?... ¡Pues no creas que yo se la he pegado!

Se presentó un lacayo que le calzó las zapatillas al dueño de la casa mientras Knapp le entregaba un papel diciéndole:

—Pero escucha... Necesitamos hacer algo... Fíjate.

Se trató de un anuncio inserto en un periódico y, contemplándolo, Durante murmuró:

—¡Nada menos que en primera plana!... ¿Y qué es lo que dice?

—Pues dice que el Barón de Villa es esperado en Hollywood mañana, con su cargamento de leones salvajes... ¡Jimmie!... Este Barón posee la colección de leones más importante que existe en el mundo.

—Bueno... ¿Por qué no entras en trato con él para utilizar sus leones?

—Esa es precisamente mi intención... pero es posible que Buddy Goldfarb piense lo mismo que yo para su Liondora.

—¡Liondora! —exclamó Durante—. ¡Mi odiado competidor!

—¿Por qué no hemos de adelantarnos a Goldfarb y a Liondora?... Hemos de procurar conseguir esos leones antes que ellos... Escucha... Cuando llegue ese Barón, entreténle

agasajándole como hiciste no hace mucho con Bernard Shaw y con el profesor Einstein.

—¿Significa eso que he de hacerle mi huésped de honor?

—Exacto... Y no lo olvides... El Barón de Villa Embuste llega mañana.

—¡Entonces no podemos perder tiempo!

Y diciendo esto, el inmenso Durante se dirigió al teléfono seguido por Knapp a quien le dijo:

—Conseguiré un rebaño de muchachas guapas y le haremos un recibimiento salvaje... Será una fiesta que hará lividecer de envidia a los propios Césares... ¡Te lo aseguro!

—Jimmie: ¡Eres un genio colossal!

—Acabas de quitarme de la boca esas mismas palabras.

Poco después circulaba por todo Hollywood una invitación profusamente repartida que causó inmensa sensación, porque todos sabían cómo acostumbraba a hacer sus cosas el gran Narizón y se esperaba que aquella fiesta fuese un verdadero acontecimiento que hiciese época en la gran ciudad peliculara.

La invitación decía:

«El inmenso Narizón tiene el placer de invitarle a la gran fiesta de Hollywood que celebrará en honor

del famoso Barón de Villa Embuste y sus leones.

James Durante.»

Y debajo iba la marca de sus películas.

En todas partes no se hablaba de otra cosa. Las muchachas se mostraban unas a otras orgullosas de la invitación recibida.

—No seas tonto—le decía una muchacha a su novio—. Tengo otra cita... Narizón da esta noche una fiesta.

Y un hombre le decía a sus amigos:

—Hoy no podremos jugar nuestra partida... Narizón da esta noche una fiesta.

—Será una fiesta alegre y ligera—decía una muchacha contestándole un hombre:

—De la cual serás tú la atracción... Y, como el Barón llevará sus fieras a la fiesta, la emoción es segura.

—¡Será la gran noche!—dijo ella muy alegre.

—Y el día siguiente, jaqueca—le contestó el hombre con tono burlesco.

—Esta noche es...—gritó la muchacha a sus amigas.

—¡De Narizón la fiesta!... ¡De Narizón la fiesta!—respondieron to-

das con alegría desbordante y contagiosa.

Y todo el grupo de hombres y muchachas, alegremente gritó:

—¡De Narizón la fiesta!

La noticia de la fiesta que daba Durante causó tanto revuelo en todo Hollywood que no tardó en llegar a conocimiento de Lupe Vélez, la compañera del gran Narizón en sus películas de la selva virgen. ¡Y ella no había recibido invitación! ¡Y buena era ella!

Durante lo había pensado mucho y había acabado por decidir no invitarla. Lupe era una mejicana bravía, buena para la selva virgen, pero muy capaz con su impetuosidad, sus maneras bruscas y sus palabrotas de aguar cualquier fiesta. En la que daba aquella noche Durante, la Lupe hubiera sido un verdadero peligro. Y Durante no le mandó invitación.

Pero ella cogió el teléfono decidida a armarle la gran bronca.

Cuando Durante oyó su voz, conociéndola como la conocía, experimentó una cantidad bastante respetable de pánico y quiso amansarla con palabritas melosas y le dijo:

—¡Oh! ¿Eres tú, mi dulce tortolita inocente? ¿Cómo estás?

—Escúchame, indecente—le contestó la bravía—, puerco, marrano, lagartija, serpiente, gusarapo... ¿Cómo es que das esta noche una fiesta y no me invitas a mí, eh?

Al escuchar el chaparrón de insultos, Durante dejó el teléfono sobre el respaldo de la silla, dejando que pasase la tormenta, mientras Lupe Vélez insistía:

—Respóndeme en seguida.

Y Durante, por fin, le respondió:

—¡Espera un momento!... ¡Espera un momento!... No es motivo para que estés enfadada el que no te diese un papel en mi última película... ¡Tú no pintas nada en estas fiestas!... ¡Eres demasiado violenta!... ¡Todo lo estropeas!... ¡Eso es!... ¡No me he mordido la lengua!

Y Lupe Vélez, sentada, con el teléfono en la mano y mirando enfurecida un retrato de Durante que había frente a ella, contestó:

—Escucha lo que voy a decirte: El día en que, por fin, deje de trabajar en tus películas, Narizón será una birria asquerosa... ¿Qué te parece esto, eh?... ¡Ah, eso es!... ¡Uuuuh!... ¿Sabes lo que pienso de ti?... ¿Sabes acaso lo que eres?... Un narizotas, cara de pepino, estúpido, animal, bruto, imbécil, a quien no quiero ver aunque me maten... ¡No; no te volveré a ver!... Porque

no te necesito... ¿Comprendes?... Y voy a sacarte...

Y Durante la interrumpió diciéndole:

—¿Qué es esto?... ¡Tú no tienes derecho para hablarme así!... ¿Te enteras?

Y luego murmuró entristecido, colgando el teléfono:

—Este es el final de otro capítulo... de mi vida amorosa.

Interrumpida la comunicación, Lupe Vélez cogió el retrato de Durante, lo miró con rabia, y le dijo:

—¿Qué esperas tú aquí?... ¿Esto, eh?... ¿Esto es lo que esperabas?

Y lo arrojó furiosa al suelo. Después, cada vez más enardecida, lo insultó, diciéndole:

—¡Idiota! ¡Desgraciado! ¡Narices de pepino! ¡Patas de alambre!... ¡Toma!

Y lo pisoteó, lo pateó con rabia.

—¿Qué habías creído, infeliz?... ¿Que me ibas a tratar siempre de ese modo?—insistió ella—. ¡Anda, idiota, indecente!... ¡Toma, toma! ¡Eaaah!

¡El retrato de Durante en el suelo pisoteado, roto por los tacones de la Lupe! ¡En correspondencia, en casa de éste se deshojaba una flor y los pétalos caían tristemente al suelo! ¡Moría un amor!

... ..

Aparte de este trágico incidente ocurrido entre el gran Narizón, organizador de la fiesta con objeto de proporcionarse los leones que creía recién cazados en Africa por el gran Barón de Villa Embustes y que, en realidad, éste acababa de comprar a la razón social Laurel y Hardy, con la feroz mujer pantera, salvaje mexicana, impulsiva e irresistible Lupe Vélez, aparte de este trágico incidente, continuaban los preparativos para la fiesta en lo que lo menos eran los afanes de Durante y de su amigo y manager Knapp, y de cuantos trabajaban por su cuenta en los preparativos para alcanzar el mayor lucimiento.

En aquellos preparativos tomaba parte todo Hollywood, porque la fiesta resultaba ser un acontecimiento sensacional que afectaba a todo el mundo.

Las señoritas telefonistas se volvían locas con la doble tarea de atender a las incontables comunicaciones que pedían los abonados con motivo de aquella fiesta sensacional (ellas fueron las que pusieron en comunicación a Durante con Lupe Vélez) y de preocuparse por lo que a ellas mismas atañía, de la misma fiesta.

—Oiga—decía una de ellas en la central, ante el aparato—. Habla

Miss Joan Crawford, Mister Durante.

—No hable tan alto, por favor —le suplicaba otra señorita telefonista.

Y otra tercera decía ante el micrófono:

—No contesta.

Y la segunda telefonista exclamaba:

—¡Oh, esa fiesta en Hollywood!

Y la telefonista tercera:

—Sí, Mister Durante: habla miss Harlow.

La telefonista primera:

—¡Diga!

Otra cuarta telefonista:

—No le oigo a usted.

Y todas:

—Diga... Diga... Diga...

Era un cuadro animadísimo de extraordinaria actividad motivada por aquella fiesta. Las pobres muchachas se ufanaban por llenar su cometido tan recargado en aquellas circunstancias y, al mismo tiempo, soñaban con la famosa fiesta.

Y Francis William, con su bien timbrada voz y con su exquisito arte entonaba una canción alusiva.

*Muchachas telefonistas,
Estamos en pleno vértigo,
Este es el asunto,
Vamos a ir,
Van a ir,*

Todo el mundo va a ir allí.

Preparaos con vuestros vestidos de

Con vuestras joyas, [escote,

Nosotras vamos

Vosotras vais

Ha llegado la nuestra.

Y Francis Williams, tras de atender a una llamada telefónica, continuó cantando:

*Lleva allí tu muchacha,
Lleva allí algunas de ellas
No te olvides de tu novia
Hazla esta noche feliz.*

E, intercalando el canto con la atención necesaria a su misión como telefonistas, la linda cantora continuó:

*Pisotaremos los tacones de nuestros
Hasta que cante el gallo. [zapatos
Goged vuestros autos
Todo el mundo va allí
A la fiesta de Hollywood
Lentamente, a una milla por minuto
A la fiesta de Hollywood
Nadie duerme hoy... esta noche.*

Y, alrededor del cuadro de distribución dispuesto sobre una mesa, estaban las señoritas telefonistas atendiendo las llamadas de los abonados. Frances Williams cantaba. Las otras señoritas, en cuanto se lo

permitía el servicio, bailaban al compás del canto y cantaban también a su vez.

¡Una fiesta en Hollywood!

¡Llévame a ella!

¡Llévame!

¡Nadie dormirá esta noche!

Muchacho lleva a tu novia.

No te vayas de vacío

*Que todas tenemos ansias de ir
A esa fiesta en Hollywood.*

Y sentadas alrededor de la mesa donde estaba el cuadro de distribución para servir a los abonados, cantaban alegremente, levantando las piernas en alto, con la tranquila seguridad de encontrarse como en familia, sin sospechar que luego se vería su gesto en todas las pantallas del mundo:

*Pisotaremos los tacones de nuestros
[zapatos
Hasta que canten los gallos.*

Y siguió el canto y el baile. Todo era nerviosidad en la central telefónica ante la fiesta sensacional de aquella noche...

Y llegó la noche. Todo Hollywood se preparaba para la gran fiesta, porque los invitados eran incontables y, quienes no estaban in-

vitados, deseaban, por lo menos, curiosear.

Una muchacha se estaba bañando en su tina. La fiesta en Hollywood merecía todas las atenciones y había que prepararse bien. ¡Contemplad su silueta al salir, toda mojada, del agua!

Y salía diciendo:

—Para esta noche todo es goce,

He aquí otras tres muchachas peinándose y diciendo:

—¡Noche ruidosa para muchachas y muchachos!

Esta otra, mientras seca su espalda con una toalla, murmura:

—¡Una fiesta en Hollywood!

He aquí un caballero afeitándose cuidadosamente.

Luego, la muchacha, mientras se pone los guantes, murmura:

—¡Las pieles más caras!... ¡Los

vinos de marca!... ¡Greta Garbo!

Y luego el taxi, y camino de la gran fiesta, ellas y ellos. Es noche consagrada a la alegría, a la galantería, al amor.

Todo Hollywood estaba pendiente de aquella gran fiesta organizada por el inmenso Durante en honor del genial domador de leones Barrón de Villa Embustes.

Y todo el mundo se dirigía a la fiesta.

En el asfalto se reflejaba el letrero luminoso que anunciaba

«Hotel Hollywood»

Y un inmenso gentío se movía a derecha y a izquierda. O iban a asistir a la fiesta, o iban, meramente, a ver cómo los otros iban. Aquella noche fué verdaderamente memorable en Hollywood.

EL MULTIMILLONARIO HARVEY CLEMP Y SU FAMILIA

En el Hotel Hollywood, disponiéndose para asistir a la gran fiesta, penetraron en el ascensor el multimillonario Harvey Clemp, su esposa Henrietta y su sobrina Linda.

Se situó a la izquierda Henrietta

mientras penetraban por la derecha Clemp y Linda y el chico del ascensor cerró la puerta, maniobró convenientemente y comenzó la marcha hacia abajo.

—¡Oh, yo creo que va a ser una

fiesta sensacional—dijo Linda—. Estoy encantada de haber venido a Hollywood.

—Imagínate, Harvey—dijo Henrietta—. Si tú no hubieses conocido a Narizón cuando era pobre, ahora no nos habría invitado.

—Se empeñó en hacer fortuna—dijo Clemp—. Y lo logró... por narices.

Paró el ascensor y entró en él una pareja descubriéndose atentamente el señor, mientras Klemp seguía con su chistera encasquetada y su esposa le hacía gestos para que se descubriese.

Y volvió a parar el ascensor y penetró en él Bob, quitándose igualmente el sombrero, siendo los gestos de la esposa del millonario cada vez más expresivos.

—Perdón—dijo Bob con la amabilidad más exquisita.

Y volvió a parar el ascensor y entró en él otro caballero que, igualmente, se descubrió al entrar.

Los gestos de Henrietta eran ya tan expresivos que su esposo, para tranquilizarla, le dijo:

—En efecto... Ya he visto que está calvo.

El ascensor llegaba ya al final de su carrera y todos se corrieron hacia la derecha, donde se encontraba la salida. A Linda se le cayó el bolso al suelo y Bob se apresuró a reco-

gerlo y entregándoselo mientras el chico del ascensor anunciaba:

—Vestíbulo.

—¡Oh!—dijo Bob.

—Adiós, muchas gracias por este viaje tan bonito—le dijo el millonario Clemp.

—Gracias, muchas gracias—dijo Linda.

—No hay de qué. Es para mí un placer servir a usted.

Todo esto ocurría mientras salían del ascensor y Bob y Linda marcharon despacio hablando mientras Henrietta interrogaba a su marido:

—¿Por qué no te quitaste la chistera igual que ese señor?

—¡Ah, es que, como él está calvo, no corría peligro de despeinarse, y yo sí!

Linda se había perdido hablando con Bob y, por fin, apareció con éste dirigiéndose hacia su tío.

—¿Qué has hecho hasta ahora? —le preguntó Henrietta.

—Verás, tía—balbuceó la joven que parecía tonta de remate—, es que... verás... había perdido mi bolso y... eh... te presento al señor, eh...

Y la tía, soberbia y orgullosa, contestó dirigiéndose a su esposo:

—Harvey: no podemos aceptar en modo alguno la compañía de un desconocido.

—Si sólo fuésemos con nuestros

conocidos — respondió filosóficamente Clemp —, no iríamos con nadie.

Y ella, impulsiva, exclamó:

—Vamos, Harvey... Vamos, Linda... Narizón debe estar ya impaciente...

—Va a ser una fiesta formidable —dijo Bob—. ¡Vamos!

... ..
En el mismo vestíbulo del Hotel Hollywood se encontraban hablando Goldfarb y su estrella el gran artista rival de Narizón, Liondora, y el primero le decía al segundo:

—¿Tú sabes por qué organiza Narizón esta fiesta? Pues para conseguir los leones del Barón, y si los consigue, Liondora, ya has terminado de hacer películas.

—Eso precisamente—repuso el otro—me obliga a asistir a la fiesta.

—Has de ganarle la vez a Narizón.

—¿Pero con qué vamos a pagar los leones?

—Llame un taxi—le dijo Clemp al portero.

—¿Amarillo, señor?

—¿No podría encontrarlo de un color más bonito, por ejemplo, azul o verde?

—¡Oh, el azul me enamora!—exclamó Henrietta.

—Sí, el azul sienta mejor a la señora—asintió su marido.

—¿Tú sabes quiénes son esos? —le preguntó Liondora a su «manager» refiriéndose a Clemp y su familia.

—Un rico petrolero que visita Hollywood... Está loco por la realeza, las estrellas de cine, los títulos... y todas esas zarandajas.

Silbó el portero y acudió un taxi, a cuyo chofer le preguntó Clemp:

—Dispénsame... ¿Sabe usted dónde vive el gran Narizón?

—Sí, señor.

—Usted perdone, pero aún no me ha dicho su nombre.

—Jake.

—Pues el mío es Harvey Clemp... Soy millonario... el rey del petróleo de Clemp City.

Y dirigiéndose a su esposa, añadió:

—Te presento a Jake.

—¿Cómo está usted?—preguntó Henrietta entrando en el coche.

Y luego, a través de los cristales, le dijo:

—Mi esposo es el más grande multimillonario que existe en todo Oklahoma... Demuéstraselo, Harvey.

Y Harvey Clemp, como quien no le da importancia a nada, sacó un billete de mil dólares, se lo enseñó y le dijo:

—Es un billete de mil... Esto sólo lo hace un millonario.

Y lo rompió reduciéndolo a pequeños pedacitos que arrojó para que los hiciese volar el viento.

—Esto me sugiere una idea—le dijo Liondora a su «manager»—. No se preocupe, míster Goldfarb... Yo me encargo de que se hunda la fiesta de Narizón.

—Te reconocerán en la fiesta. Todo el mundo conoce a Liondora.

—Me caracterizaré y no seré Liondora. Entonces seré el gran Duque Real Pedro Demóstenes Nicolás Forfonitz Forinetza, de un Estado del Continente... ¡Hurra por el Peloponeso!

Inmensa animación; inconcebible gentío; medio Hollywood estaba allí y no cesaban de llegar automóviles llevando más gente.

Como el local era inmenso, había dispuestos numerosos altavoces que reproducían las palabras pronunciadas ante el micrófono.

Ante él dirigió a todos los palabra el locutor encargado de tal servicio, diciendo tras breve saludo:

—... Y ahora, uno de los invitados de Narizón les dirigirá la palabra... Tengo el gusto de presentarles... a Robert Young, el popular Robert Young.

Y Robert Young, el notable y famoso artista conocido de todo Nueva York, charló ante el micrófono con la frivolidad apropiada a aque-

lla fiesta, sirviendo como de «cicerone» y describiendo sus partes conforme iban sucediéndose.

—¡Salud, señoras y caballeros! —dijo en tono humorístico—. ¡Vaya una fiesta!... ¿Hum?... ¡Si ustedes vieran cómo miran estas muchachas con sus preciosos ojos azules!

Robert Young hablaba ante el micrófono manteniéndose el locutor a su izquierda; uno de los invitados, vuelto hacia la derecha, le hablaba a todas las muchachas que iban pasando como acudiendo a la evocación de Young; otro señor se acercó al micrófono y un lacayo le hizo señas de que se apartase de allí; Young siguió diciendo:

—¡Deliciosas chicas!... ¡Una morena que antes era rubia y, ahora, otra morena... ¡Hola!... La que sigue es rubia platino... ¡Hola, Trinidad!... Es una muchacha, no un hombre... ¡Hola, encanto!

—¡Hola, Bob!—dijo a su vez una de las muchachas, respondiendo al saludo de Roberto.

—¡Oh, este es un ensueño!... ¡Pero deberían ustedes ver este ensueño cómo anda!... Ah...

Pero aquel otro señor a quien el lacayo le había hecho señas para que no se acercase al micrófono, tenía, por lo visto, mucho interés en

hacerlo, y se acercó diciéndole a Roberto Young:

—Perdone... No consigo encontrar el...

Young, sin hacerle el menor caso, siguió hablando:

—Y ahora, señoras y caballeros, como iba diciendo...

—Perdone... No consigo encontrarlo.

Y Young, volviéndose al lacayo, le ordenó:

—Oiga... dígame a este señor dónde está la piscina... Quiere zambullirse.

—¡Sí, señor!—contestó el criado.

—Y asegúrese de que está vacía.

—Sí, señor.

Y Young continuó su charla frívola:

—¡Y, al fin, he aquí la belleza, la alegría, el amor, la música!... ¡Empieza la fiesta más brillante que jamás se dió en Hollywood!

Y las parejas comenzaron a bailar a los compases de la música estruendosa de una orquesta, resultando la fiesta de una animación inmensa. Incontables parejas bailando; allá un pianista tocando con todas sus fuerzas; y más allá otro pianista en igual forma; y otro pianista, y otro: ¿Cuántos pianistas había congregado el gran Narizón en sus salones?... Y la preciosidad tan popular de Shirley Ross, can-

taba acompañada por otro pianista también muy conocido: el célebre Harry Barris.

Y Shirley Ross cantaba una canción que pronto se haría popular, primero en Hollywood, y, después en el mundo entero, reproducida por el cine sonoro. La canción venía a decir, poco más o menos:

*Para que el tacto sea eficaz
Palpa, como es costumbre, por arriba
Porque palpando bajo
No ocasiona la voluptuosidad.
A mí me gusta que me palpen por*

[arriba]

Cuatro muchachos musicales cantaron después:

*Hay que sobar
En el campo y en la ciudad
siempre por arriba
Por abajo nunca.*

Y todo era alegría, confusión, algarabía. Parejas bailando; cuerpos de baile formados por muchachas bonitas presentando originales composiciones coreográficas; otras bailando sobre las mesas; y todo el mundo coreando la picaresca letrilla de la música dada a conocer por Shirley Ross.

Y, cuando la animación era mayor, cuando el bullicio era ya una locura, todos ya ebrios de frivolidad y de alegría, apareció en esce-

na el gran Durante que, con los brazos levantados en alto, gritó:

—¡Amigos míos!... ¡Sed bienvenidos a mi humilde domicilio!... ¡Esta noche... desprendámonos de todo convencionalismo... y, ahora, vamos a divertirnos... con absoluta in-forma-li-dad.

Clemp, el multimillonario, su esposa Henrietta y su sobrina Linda, se encontraban en la fiesta deslumbrados y aturridos por tanto jaleo, viendo cómo, tras del canto y la danza, eran servidas abundantes copas de licores que todo el mundo bebía.

Sin embargo, aquello no acababa de entusiasmar a Henrietta, ni casi a convencerla; así se lo hizo saber a su marido, diciéndole:

—Tal vez te parezca una tontería lo que voy a decirte, Harvey... pero esto no es lo que yo buscaba.

—Henrietta—le respondió éste—tú me sorprendes... ¡Pero si hay aquí reunidas muchísimas más estrellas... que en todo el firmamento!... ¡Muy artístico!

—¡Ah, sí!—dijo Linda—. ¡Es maravilloso!... ¿Qué es lo que tú esperabas, tía?

—¡A la nobleza es lo que deseaba ver!... ¡Un duque!... ¡Un conde!... ¡Un marqués!... ¡Quisiera mezclarme con la aristocracia!...

¡Quisiera codearme con la realeza!... ¡Quiero un título!

—¿Quieres un título!—le contestó Clemp burlón—. ¿Qué te parece «El rosario de la aurora»?

Y, en esto, se presentó ante ellos Liondora convenientemente caracterizado, ofreciéndole a Henrietta una copa de champán.

—¡Madame!—le dijo versallescamente.

—¡Oh, qué finura tan fina!—exclamó ella—. Esto es honrarme con exceso. Rebozo de gratitud.

Y mientras su esposa bebía el champán, el millonario Clemp, escamado de aquel advenedizo, le dijo con su característica despreocupación:

—Usted perdone... pero no sé su nombre.

—Soy el gran duque real Pedro Demóstenes Nicolás Forfonitz Florinetza.

—Dispénsame, pero sigo sin saber su nombre.

—Siendo tan fácil... Mi nombre es muy sencillo... Soy el gran duque real Pedro Demóstenes Nicolás...

—Ferfonitz Florinetza—añadió finalmente.

Y Clemp, temiendo volverse loco ante tal cúmulo de nombres y títulos, exclamó:

—¡Oh, bueno!... ¡Déjelo!

Y Henrietta exclamó:

—¡Un gran duque real!... ¡Oh, este es el momento más feliz de mi vida!

Y le presentó al gran duque:

—Mi sobrinita Linda.

—Tengo un placer tan inmenso—respondió el fresco de Liondora—que me hace sufrir de felicidad.

Y Henrietta siguió presentando:

—Y aquí tiene a mi millonario esposo, Harvey Clemp.

—Tanto gusto en conocerle—dijo el millonario besándole.

—¡Alteza!—exclamó Henrietta.

—¿Alteza?—murmuró Clemp.

—Deben decirse por la estatura.

—¿Usted querrá honrarme con esta danza?—le preguntó Liondora a Henrietta.

—¡Oh, aquí la única honrada soy yo!... ¡Harvey, no te olvides de invitar al duque a tomar un cocktail en el Hotel.

—Descuida, mujer.

—Será un gran placer aceptar en su hotel unos cocktails y la cena.

—¿He dicho algo de cenar?—le preguntó Clemp escamado a su sobrina mientras su esposa se lanzaba a bailar con Liondora, el gran duque del camelo.

En esto llegó ante el tío y la sobrina Bob, aquel que se encontró con ellos en el ascensor del Hotel Hollywood, a quien la joven le había «hecho tilín», llevando, para

obsequiarla, dos copas de champán.

—¿Será tan amable—le preguntó brindándole una copa—que me conceda este «fox»?—

—Bueno, pero antes, pídaselo a mi tío.

Y Bob, entregándole a Clemp las dos copas, le preguntó:

—¿Me concede usted este «fox»?—

—Hombre—respondió el millonario entre burlón y escamado—yo no bailo muy bien... pero haré lo que pueda.

Y Bob y Linda se lanzaron a la vorágine del baile dejando al tío Harvey con las dos copas de champán en las manos.

—¡Nada!—exclamó éste con resignación filosófica—, tendré que beberme las dos.

Antiguamente, entre las personalidades de alta importancia, era anunciada la visita de una manera acústica con sonidos más o menos musicales, primitivamente con cuernos y más tarde con trompetas y clarines.

El fresco del Barón de Villa Embustes, como pretendía llegar de Africa con los leones que decía haber cazado, y le había comprado, en realidad, a Laurel y Hardy, creyó oportuno anunciar su llegada de una manera más sensacional, original y emocional, aunque menos musical, con los rugidos de sus fieras

que le acompañaban metiditas en sus jaulas que iban sobre carretas arrastradas por caballos.

—Ruge, leoncito, ruge—suplicaba el Barón.

Y el león, que era muy amable, porque lo había aprendido de sus antiguos amos Hardy y Laurel, amablemente correspondía a la invitación y lanzaba el más espeluznante de los rugidos de su repertorio.

Y Durante, el gran Durante, que lo esperaba con impaciencia mientras se paseaba por su estudio seguido de dos criados de librea, lo oyó y sintió una gran emoción.

Hemos dicho «su estudio»... Y es que el gran Durante, además de ser un gran jugador de polo, un gran artista cinematográfico y otras muchas cosas grandes, era un gran escultor... o, al menos, se lo creía él así.

Y tenía su estudio de escultura en el que el barro dócil recibía de sus manos la divina forma reproduciendo con arte supremo la figura humana... Sólo que Durante, seguramente por un reflejo de la subconsciencia que indudablemente se explicaría Freud fácilmente, dotaba a todas sus producciones de unas enormes narices.

Paseaba por su estudio seguido

de sus lacayos, cuando escuchó el rugido del león y exclamó:

—¡Es el barón!

—¡Es el barón!—repitió como el eco uno de los criados.

Y el gran Durante se dirigió al mirador que dominaba los alrededores y oteó los caminos que conducían a su señorial mansión. Y vio cómo se aproximaban los carromatos que conducían las jaulas de las fieras.

—Eso mismo he dicho yo—exclamó Durante refiriéndose a su exclamación repetida por el criado—. ¡Fijaos en esos carromatos!... Deben ser de los leones... No adivino en cuál de ellos viajará el barón... ¡Acordaos!... ¡Quiero que se le reciba como a un rey!

Los criados hicieron una reverencia y Durante continuó:

—El barón tendrá las habitaciones color tórtola... Tú te encargarás del ala izquierda... Tú del ala derecha... Y yo cargaré con la pechuga.

En este preciso momento, el narrador siente vehementes deseos de patearle las tripas al gran Durante, o a quien sea, por el infame chiste que nos ha hecho tragar. Los hay malos, pero también los hay que merecen la última pena en la silla eléctrica.

Sonaron trompetas y llegaron los

carros rodeados de pajes. Todo era decorativo. El recibimiento no podía ser más decorativo, episódico y teatral. Bailaban muchachitas en flor al compás de músicas apropiadas entre las que se destacaban trozos de un cuarteto de la ópera de Verdi «Rigoletto». Y las muchachas cantaban bailando.

*Hoy es un día feliz
No un día melancólico
Hoy es un día feliz
Porque llega el barón
Procedente del Congo.*

Y se presentó Durante pocedente de su estudio de escultor de narices.

—¡Atención!... ¡Un momento!... ¡Un momento!... ¡Llega el barón!... ¡Hay que saludarle!... ¡Que lo oiga antes de llegar!... ¡Gritad... hola, hola, hola!

Y todas las bailarinas y todos los coros gritaron:

—¡Hola, hola, hola!
—¡Hola, barón!
—¡Hola, barón!
—¡No hola, sino... ¡ole!
—¡Ole, ole, ole, barón!

Y tras de cantar algo alusivo el gran Durante, apareció un coro de salvajes. Como el barón venía del Congo, para que se fuese acostum-

brando poco a poco a la civilización del nuevo mundo, era cosa de recibirlo con un coro africano.

Y los salvajes bailaron sus danzas mientras uno de ellos cantaba una canción alusiva en la que decía que el barón era un nuevo Trade Horn que había ido a Africa sólo con su fusil a vencer a las fieras y le había dado una pateadura a King Kong y, así, por el estilo, exaltaban imponderablemente sus méritos.

Y bailaban los salvajes y los dos grupos coreográficos de muchachas adornadas, unas con flores y otras con celofania, y todo era animación espectacular, y los invitados se maravillaban de tanto esplendor, y el gran Narizón cooperaba en las danzas y en los bailes estrambóticamente con su característica comicidad, cuando apareció en los salones el barón en brazos de un enorme gorila que debemos sospechar que llevaba, dentro de su piel, un hombre forzudo y bien amaestrado en su papel.

—Ya estamos, al fin, aquí—dijo el barón—. Ha sido un paseito un poco largo, pero ya estamos aquí.

Y, tras de reirse, exclamó:

—¡Narizón! ¡Tengo el gusto de presentarle a usted al gorila más feroz que jamás se había capturado hasta hoy en las selvas de Africa... Es el tierno hijito de King Kong...

y se llama Ping Pong... ¡Rico, suelta a papá!

Y el gorila dejó al barón en tierra.

—Pingié—le dijo el barón—, saluda a Narizón.

Y el mono se puso a dar vueltas alrededor de Durante que exclamó:

—¡Qué chimpancé!... ¿Es eso correcto?

Y, naturalmente, como ocurre en todas las revistas, al barón, en este caso, no se le ocurrió otra cosa que ponerse a cantar. Pero el coro de las señoritas vestidas de flores, de las que iban vestidas de celofania, de los salvajes y, luego, otro de «morenitas» que apareció en su honor, apenas le dejaban hacerlo. Querían los coros monopolizar el canto.

Vengo para deciros...

Vengo para...

Así empezó a cantar el barón y los coros le interrumpieron:

*Es un honor para nuestra nación
Vuestra salutación.
Y nosotros, en su celebración
Entonamos esta canción.*

El barón insistió, cantando:
*Necesito deciros...
Necesito...*

Y el coro le interrumpió:
*No trae leopardos viles
ni tigres rastreros*

*ha ido al río Niger
en busca de feroces leones*

Y, con la animación de la escena, y en vista de que los coros no le dejaban al barón decir lo que tenía que decir, el barón y el gran Narizón se pusieron a bailar, pero insistiendo el barón en su cantata:

Necesito decir... Necesito decir...

Y los coros:

*Es una gran sensación
Que merece una gran ovación.*

Y el barón insistió:

Por favor, sólo quiero decir...

Y el coro:

Solamente nos quiere decir.

Y el barón:

*Bien, sólo quiero decir...
dejadme decíroslo...*

Y el barón levantó sus brazos sobre su cabeza enmudeciendo los coros y, hablando, exclamó:

—Que os estoy tomando el pelo.

Y luego, cantando:

¡Ole, ole, ole!

Y continuó la danza y el canto, que se limitaba a repetir los coros, de cuando en cuando, al compás de la música:

¡Ole, ole, ole!

Hasta que le pareció a Durante

bastante y, cesando danzas, cantos y músicas, habló, diciéndole al barón:

—Os saludo en nombre de todos, barón. ¡Sed bienvenido a... mi pobre asilo!

—¡Pero hombre! — exclamó el barón—. ¿A quién se le antoja vivir en este asilo de pobres?

Y Durante le dió al barón un par de besos en ambas mejillas y se abrazaron efusivamente, y todo el mundo aplaudió, y siguió la música y las canciones, repitiendo los coros:

—¡Ole, ole!

Pero uno de los invitados, hombre prudente de seguro, al oír decirle a su mujer:

—¡Fíjate, hombre!

Exclamó:

—¡Mira que venir a una fiesta con animales salvajes!

—¡Oh, qué emocionante! — exclamó ella—. ¡Esto es un parque zoológico!

Después de estas escenas coreográficas musicales, Durante, atravesando con gran dificultad el apiñado gentío de sus invitados, se fué hacia las jaulas de los leones, junto a

las que se encontró a Knapp, su «manager».

—Knapp.

—Jimmie... ¿Qué hay?

—Todo va a salir a las mil maravillas... Le he dado al barón unas habitaciones regias.

—¡Esa es la idea!... ¡Tratándolo bien, conseguirás los leones!... ¡Y tu porvenir estará asegurado!... ¿Ves? ¡Aquí está tu salvación!... ¡Imagínate la sensación que experimentará tu público al verte luchar con leones iguales a éste!... ¡Con dientes que muerden!... ¡Con colmillos que se hincan!... ¡Con garras que destrozan!... ¡Qué emoción tan enorme sentirá la gente cuando te vea meter la cabeza entre sus fauces!

—¡Pero es que podrá romperme la nuca!—objetó Narizón algo escamado.

—¡Ahí está la emoción!... ¡Estoy dispuesto a correr cualquier riesgo, con tal de hacer una estupenda película!... De este modo, serás la sensación de este año... Todos los periódicos, sin excepción, publicarán tu nombre...

—Sí—repuso Narizón, mirando recelosamente a la jaula y a su contenido—, en la sección de esquelas mortuorias... ¡Vámanos!

INTERVIENE LUPE VELEZ

Clemp, que se aburría, salió a la terraza, donde encontró a un criado preparando un cocktail.

—¿Moviéndose un ratito, eh?—le dijo—. La noche está a propósito para eso... ¡Cuidado!... se arañará la cara.

En esto, irrumpió Lupe Vélez por una ventana, tras de trepar por una escala de cuerdas.

—¿Una entrada algo inconveniente, verdad?—le dijo el millonario.

Y ella, que venía furiosa y vengativa, con su ímpetu de mejicana feroz, le contestó:

—¡Ese Narizón!... Se ha creído que podía impedirme venir a su fiesta... ¿eh...? ¡El indecente, canalla, sinvergüenza!... ¡Bruto, salvaje, estúpido!... ¡Ooooooh!

—Esas son palabras mayores, señorita.

—¡Espérese usted a que yo lo

atrapel!... ¡Le voy a demostrar lo fuerte que soy!... ¡Lo trincaré por la garganta, así!

Y trincó por la garganta a Clemp.

—¡Suelta—dijo éste—, que no estoy en su pellejo!

—Creo que llegaré a tenerte afecto—le dijo Lupe melosamente tuteándolo—. ¡Vámonos!

.....

Entretanto, en el exterior de la terraza se encontraba indolentemente tumbada en una poltrona la esposa del Clemp, la millonaria Henrietta, cuando apareció, desde detrás de unas celosías, al fresco de Liondora, siempre fiel a su papel de gran duque real.

—¡Oh, qué hermosura!—exclamó—. ¡Qué maravilla! ¡Qué noche!

—¡Oh, qué noche!—respondió ella—. ¡La luna brilla misteriosamente!

—Sobre el oro de sus cabellos.

—¡Oh, Alteza! ¡Yo creo que fui creada sólo para el amor!

—¡Oh, dulce buñuelito de miel relleno! ¡No se pueden ocultar los sentimientos cuando una mirada se ve impelida a responder a otra! ¡Tú tienes corazón!... ¡Tú tienes fuego! ¡Tú me haces arder de pasión!

—¡Oh, Alteza!

—No me llames Alteza. Yo solamente soy para ti Nicolás.

—¡Nico... lás!

—Mi Estado se halla al sur de Europa. ¡Viva el Pelopotanio!

—¿Pelopotanio?... ¡Ah, qué hermoso nombre! ¡Qué romántico es!

—¡Oh, Henrietta! — exclamó Liondora abrazándola.

—¡Oh, no hagáis eso, Alteza!... ¡No seáis impulsivo!... No... No...

—No me digas Alteza... dime... dime Nicolás.

—No, me gusta más llamaros Pelopotanio.

Y mientras esto sucedía, un joven contemplaba cautelosamente la escena desde detrás de las celosías.

—¡Oh, déjame—exclamó Liondora—que calme mi sed en tus labios!

—¡Oh, no, no!... ¡No, no!... ¡Oh, oh!... No debo hacerlo.

...

Y dentro de la terraza, parecía que Lupe y Clemp también lleva-

ban camino de entenderse. Ella, con su franqueza salvaje, le había manifestado sin rodeos que le gustaba, y a Clemp le gustaba aquella hembra una barbaridad. Como ella le preguntase su nombre, él le respondió:

—Lláname sencillamente H. C.

—Bien, ¿y no crees que existe otra cosa más emocionante que el petróleo?

—Sí, es posible, pero para mí las emociones resultan muy peligrosas.

Y, en esto, se presentó el joven que había estado observando la escena amorosa de Henrietta y Liondora, escondido tras las celosías del exterior de la terraza y le dijo al esposo engañado:

—Míster Clemp, venga conmigo. Tengo que enseñarle a usted una cosa.

—¿Qué me va usted a enseñar?

—A su esposa.

—Ya la tengo muy vista... ¡Me casé con ella!

—Pero, míster Clemp: es algo importante.

—¡Eh, H. C.!—le dijo Lupe—. No creo que vayas a dejarme aquí solita.

—No se vaya usted. Yo vuelvo en seguida. Lea un libro entretenido.

—¡Ah!

Y Clemp siguió al joven que lo llevó al exterior de la terraza y a

su lugar de observación tras las celosías.

—¡Oh, tentadora mujercita!—le decía Liondora a Henrietta—. ¡Tú llenas hasta el borde la copa de la felicidad para que otros puedan libar en ella!

—¡Sí, así soy!... ¡Yo puedo dar la felicidad, pero no puedo tomarla! ¡Oh!... ¡Oh, Alteza!... ¡Oh, Alteza!... ¡Oh, oh!... ¡Oooooh!

—Esto es lo que quería enseñarle—le dijo el joven a Clemp.

—¡Hola!... ¡Esto es interesante!

—¡Oh!—exclamó Henrietta al ser acariciada algo brutalmente por el falso duque.

—¡La ha mordido! — exclamó Clemp.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oooooh!

—Estamos muy bien situados—siguió diciendo el millonario—. Desde aquí se ve todo.

—¡Oh!

—¡Le dió un beso!—dijo el joven.

—¡Oh!

—Ella lo hace bastante bien—dijo el marido.

—¡Oh!

—¡Tiene estilo!

—¡Oh, Alteza, oh!

—¡Pero oiga!—le dijo escandalizado el joven—. ¡Qué es su esposa!

—¡Esta Henriette! ¡Siempre refinando su sensibilidad!

—En mi vida he sentido—exclamó Liondora—palpitar de tan terrible modo mi corazón como en este venturoso instante... ¡Cómo palpita... mi dulce y seductora gacelita enamorada!

—¡Quién sabe si yo obtendría éxito—exclamó el marido—usando esta táctica!

—¡Oh, Alteza!

...

Clemp abandonó aquel observatorio tan interesante y se apresuró a volver al interior de la terraza al lado de Lupe, porque era precisamente con ella, de quien estaba verdaderamente emburrado, con quien quería ensayar aquella táctica aprendida del gran duque real Pedro Demóstenes Nicolás Forfonitz Florinetza.

—¿Qué, al fin ha vuelto, eh?—le preguntó aquella fierecilla, que ya se estaba impacientando, cuando le vió entrar.

—¡Qué noche! — le contestó Clemp poniéndose romántico y tratando de imitar al gran duque—. La luna brilla dulcemente, y la fragancia de sus cabellos...

Y colocó sus brazos sobre los hombros de Lupe y ciñó su garganta diciéndole con la mayor teatralidad:

—¡Déjeme que le demuestre la pasión que siento por usted!

—¿Pero qué le pasa?—le preguntó Lupe con la mayor frescura.

—¿Es que se ha vuelto loco?

—Creo—se dijo Clemp para su capote—que no la he abrazado en la forma debida.

Y cuando estaba dispuesto a corregir el abrazo, ella, de una manera brusca, se separó de sus brazos haciéndole caer a tierra.

Y sentado en el suelo, murmuró el millonaria filosóficamente:

—¡Ya decía yo que el petróleo era menos peligroso!

Fuera del edificio, bajo el pórtico, bailaban Bob y Linda. Habían buscado aquel refugio solitario para poderse abrazar y besar a sus anchas, porque los dos jóvenes estaban completamente acaramelados y más empalagosos que media docena de merengues.

Así es que, terminada la danza, se abrazaron y besaron con apasionamiento, y comenzaron la cháchara propia de su acaramelamiento, situándose Linda en el borde mismo del pórtico.

—Dice, ¿cómo te llamas?—le preguntó Bob—. Hay algo en ti que me encanta.

—¿Estás seguro de ello?

—¡Ah... me has herido!

—¡Bah, en seguida te curarás!

—¡Sí, siendo tú mi enfermera!

—Has de tomar mucho aire fresco y rayos de sol.

—Y también de luna.

Y Bob se arrancó a cantar, con música de los maestros Donaldson y Kahn, la canción «I've Had My Moments».

La canción decía, traducida libre, libérrimamente, con supresión de los ripios que impone la necesaria musicalidad a la poesía:

*Cuando la Luna se levanta
Se me levanta el corazón.
Estos jardines floridos y la luz de las
estrellas*

*Despiertan en mí la indiscreción.
Muchos amores de ida y vuelta
Estremecieron mi pasado
Pero, si tú no eres mi primer amor
Estoy seguro que serás el último.
He tenido mis momentos
Mis pasajeros momentos
De ternura.*

*Yo he cantado sinceros amores
Y he tocado la guitarra
Entonces encontré un nuevo amor
Bajo las estrellas tropicales
El último tiempo de este tiempo
Es un tiempo nuevo.
El amor, como un tiempo pasado,
para mí es duradero.*

*Yo he tenido mis momentos
Mis grandes malos momentos
Pero ahora, mi único gran momento
[eres tú.*



— «Hay que subir alto»
«En el campo y en la ciudad».



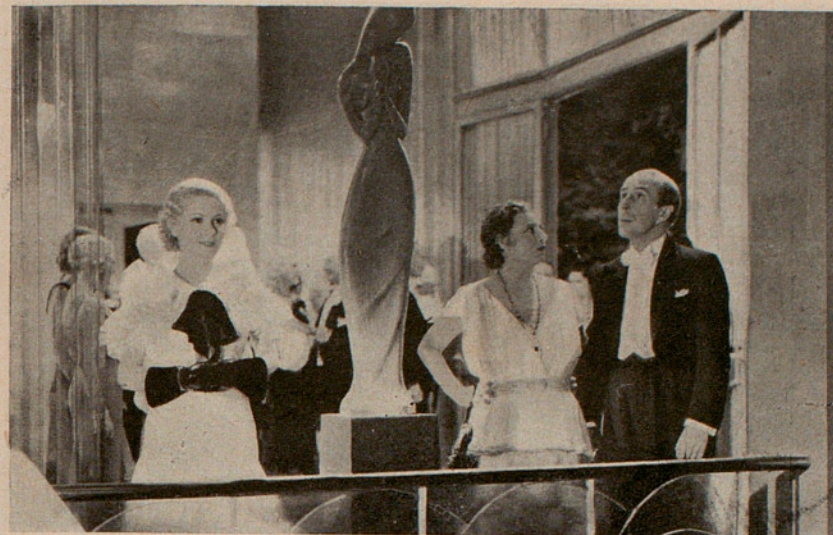
— ¡Oh! ¡Lo mismo debes decir a todas las monas de la selva!



...cuerpos de baile
formados por mu-
chachas bonitas...



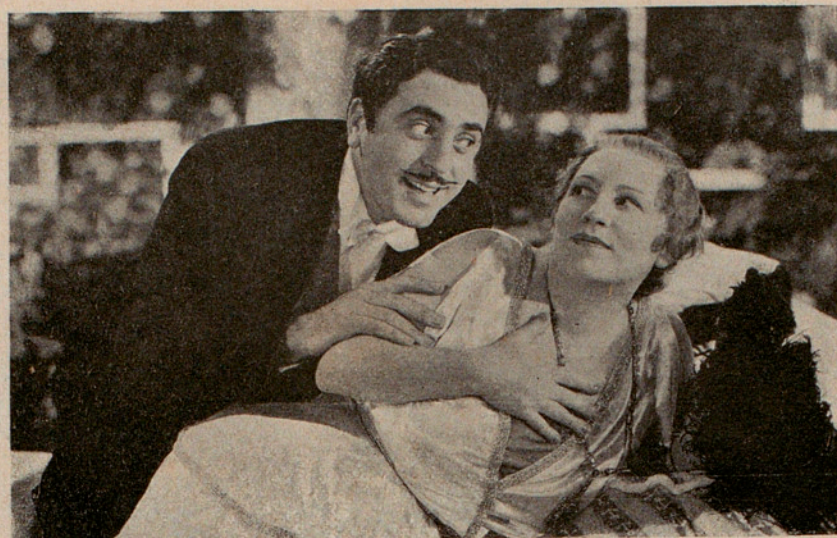
-¡Oh!... ¿Eres tú
mi dulce tortolita
inocente?...



-¡A la nobleza es lo
que desaba ver!



-¿He dicho algo de
cenar? - preguntó
Clemp escamado a
su sobrina.



- ¡Oh dulce buñuelito
de miel relleno!



- Creo que llegaré a
tenerle afecto - le dijo
Lupe tuteándolo.



...El alcohol producía
sus mágicos efectos...



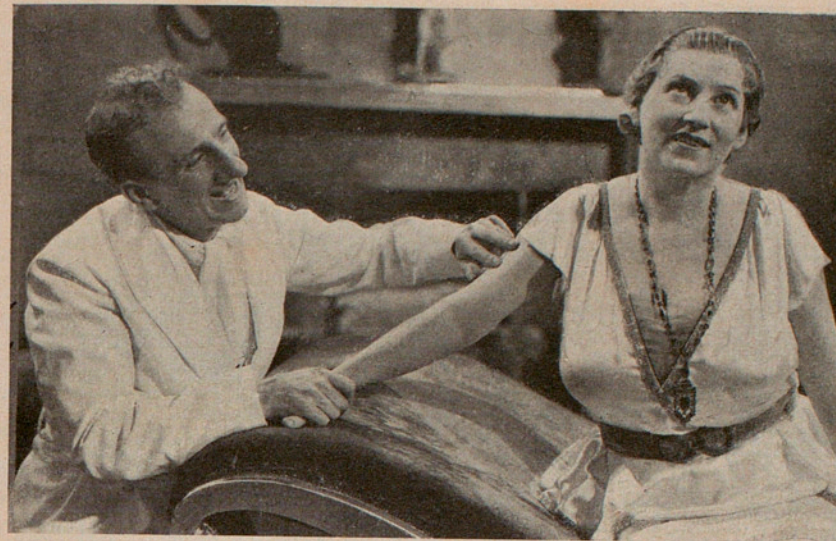
...y comenzaron la
cháchara propia de
su acaramelamiento.



- ¿Qué quieren? - les preguntó el mayordomo.



- ¡Aquí estoy!



- Voy a tomarla a Vd. bajo mi protección.



- ¡Si esto es una copia a máquina!



Lupe, furiosa, rugiendo de ira, se sentó y se quitó un zapato...



- ¡Qué niña prodigio!

Y llegándole a Linda la vez de cantar, respondió con esta canción al compás de la misma música:

*Tú has tenido tus momentos
Yo también los he tenido
En un jardín plateado por la Luna
Junto al agua azul
He sido una sirena de diecisiete años
En un baile enloquecedor. Ya me en-
[tiendes
Pero ahora te he encontrado a ti
Y sé que esto es seguro
Me tendras siempre junto a ti
Como si estuviese pegada con cola.*

Y luego la emprendieron con una pantomima acompañada de cantos y de baile, terminando por sentarse ambos en un escalón, sacar él de sus bolsillos pinturas y ella letras que arrojaron por el aire y repitiendo la operación con otros artículos, mientras el coro repetía la letra de la canción y terminando también todo con besos y abrazos.

Alrededor de aquella fiesta magna, acudieron—¿cómo no?—igual que mariposas atraídas por la luz, una verdadera nube de coleccionistas.

El coleccionismo es una genuína manifestación de la locura al día, de la última moda de la monomanía, de la chifladura puesta de acuerdo con las tendencias dinámicas de estos últimos tiempos.

Naturalmente, no acudieron allí los coleccionistas de sellos de correos, ni los de monedas antiguas, ni los de soldaditos de plomo, porque nada de todo esto concurría a aquella fiesta, pero sí acudieron en abundancia los coleccionistas de autógrafos, porque, aunque los autógrafos no fueron allí a bailar, a beber y a divertirse, sí fueron quienes podían cederlos con sólo unos rasgos de la pluma estilográfica.

Y entre los coleccionistas que acudieron allí a la caza del autógrafo, se encontraron tres jóvenes simpáticos, aunque algo feos: Larry, Curly y Moe.

Larry, tras de hacer firmar a alguien en su álbum, exclamó:

—Firmó sin decir palabra.

—¡Hola, muchachos!—dijo Moe incorporándose al grupo.

—¿Qué tal? — le preguntaron Curly y Larry—. ¿Qué te retuvo?

—Trabajé horas extraordinarias. ¿Cómo va eso?

—¡Ah, bien!—contestó Larry.

—¿Conseguisteis autógrafos?

—Sí, tengo el libro lleno—dijo Larry.

—¿Y tú?

—Yo—contestó Curly—, si consigo otro, tendré ya dos.

—Pues no os preocupéis, que tendremos bastantes antes de que termine la fiesta.

—¡Ah, claro!—dijo Larry.

—Va a ser una gran noche para nosotros—aseguró Larry.

—En mi libro caben muchas firmas—dijo Moe.

Y se presentó Healy preguntando:

—¿Me hace el favor?... Perdone usted... ¿Llegó ya alguna celebración?

—¡Sí, claro!—respondieron a un tiempo Curly y Larry.

—¿Sois cazadores de autógrafos?

Y todos contestaron a una, como un solo hombre:

—¡Sí!

—¿Cayó alguno?

—Sí, algunos cayeron—dijo Larry mostrando su libro.

—Déjeme verlos.

—Tengo lleno un libro entero—le contestó el mismo Larry—. ¿Quiere usted verlo?... ¡Fíjese, fíjese, fíjese!

Y Healy, tras de examinar por encima aquellas páginas llenas de firmas ilegibles, manifestó:

—Las estrellas deben escribir a prisa, ¿eh?

—Sí.

—¿Y usted colecciona también autógrafos?—le preguntó Moe.

—No, colecciono fotografías.

Y, al ver que los cazadores de autógrafos se colocaban en «pose»

para ser retratados, Healy, riendo, les desilusionó, diciéndoles:

—No, ustedes no me interesan.

Todo esto ocurría escaleras abajo porque los cazadores de autógrafos y de fotos no habían sido invitados a la fiesta y, no pudiendo subir a los salones, tenían que conformarse con esperar en la puerta a los que entraban o salían.

Y al escuchar que se acercaba un coche y se detenía ante la puerta, Larry exclamó:

—¡Eh, ahí tenemos caza!

—¡Vamos!—dijo una voz.

.....

En el coche venían unos sabios con toda la pinta característica de tales tipos a celebrar una conferencia con el gran Durante que era inmenso en todo: hasta en sabiduría.

—No, no, no, no, profesor—decía el sabio primero descendiendo del coche—, su disertación refuta todas las teorías.

—Pero, doctor—le contestaba el sabio segundo—: haga el favor de reflexionar sobre el aspecto de esta cuestión detenidamente... y considere los puntos vitales de mi tesis.

Y el sabio tercero decía:

—¡Pero, caballeros, las teorías que ustedes sustentan son totalmente contradictorias!

Y el coleccionista de autógrafos Moe, viendo aquellas pintas extra-

ñas, en lugar de pedirles que estampasen su firma en su libro, se les acercó preguntándoles:

—¿Son ustedes actores o trogloditas?

Y tres hombres con tipo de bandidos que andaban por allí ocultándose, llamaron la atención de Moe que les dijo:

—No se oculte debajo de esa maleza, Clark Gable: le conozco.

Mientras que la mujer sabia, que iba con los otros sabios, tan estrafalaria como ellos, les dijo a los cazadores de autógrafos, respondiendo a Moe:

—¡Apártense de aquí pigmeos!... Pertenecemos al mundo de la ciencia... ¡no al de las musas!

Y, conforme los sabios se encaminaban a la puerta, uno de ellos, el sabio primero, tuvo ocasión de contemplar a Curly, que estaba distraído mirando hacia afuera, y exclamó, dirigiéndose a sus compañeros:

—¡Fíjense, fíjense!... ¡Esto prueba mi aserto!... ¡Un perfecto ejemplar del hombre de Neanderthal!

—¿Qué es esto?—dijo el sabio segundo—. ¡Oh, no!... ¡Observe las dimensiones!... ¡Fíjese en éste!... ¡Fíjese!... ¡Si es el tipo del «androgimus» neto!... Lo demostraré... El cráneo del perfecto «androgimus»

es siempre hueco... Ahora escuche usted...

Y terció el sabio tercero:

—No, no, no, no, no, profesor. Usted se equivoca... Este es el cráneo inconfundible del antropoide.

—No, no—alegó el sabio segundo—. Este sí que es más semejante al antropoide... Atienda usted... ¡Ah!... ¡Aquí sí que tenemos un tipo de Neanderthal auténtico!... Veamos... Observen la diferencia... Neanderthal... Antropoide... Androgimus... ¿Lo ven?... ¡Ya está!... ¡Huuuummm!

Por lo visto, si a los coleccionistas le parecían los sabios trogloditas, a los sabios le parecían los coleccionistas, a la vista de sus cabezas, los padres de los trogloditas.

Y, cuando los sabios entraron en la mansión de Narizón, creyó Healy que era el momento oportuno para colarse clandestina y subrepticamente y, echando a correr escaleras arriba, gritó:

—¡Eh, muchachos!... ¡Muchachos!

Pero arriba le salieron tres tipos que se liaron a darle garrotazos en la cabeza, de los que se defendió como pudo, armándose la gran trifulca y teniendo que batirse en retirada.

Cuando se encontró de nuevo

ante los coleccionistas de autógrafos, les preguntó:

—¿Han visto a la gente importante?... Creo que hay muchos personajes.

—Sí—dijo Larry—. No hay de lantal.

—¿Quién?

—Antrofoia—contestó Moe.

—¿Qué?

—Hidrógeno—dijo Curly.

—¿Qué guasa es esta?... ¡Quietos!... ¡Ya está!... ¡No se moleste usted!

Había retratado, para su colección, a los hombres primitivos.

Ya estamos, naturalmente, un poco cansados de la estupidez de los sabios y de los coleccionistas, y, la narración de la película nos va a permitir un ligero descanso proporcionado por una breve intervención de la castiza y juncal Lupe Vélez.

Los sabios fueron conducidos por el mayordomo a la gran biblioteca del Gran Narizón y, cuando entraron en ella, cerró tras ella la puerta, cuando se presentó Lupe pretendiendo entrar también:

—Míster Durante tiene una conferencia—le dijo el mayordomo.—No quiere que se le distraiga.

—Bien—contestó la barbiana.—Entérese usted: Yo quiero ver a ese cara de pelícano... Y le distraeré un rato.

—Pero es que están con él los hombres de ciencia. Celebran sus habituales conferencias de los miércoles.

—¡Quítate en seguida de mi camino, poste del telégrafo!—le increpó Lupe furiosa.

—Lo siento mucho, pero la puerta está cerrada.

—¿Es cierto eso?... ¡Pues consérvalo encerradito aquí dentro, y aguarda hasta que yo vaya a echarme al colete algo más de bebida... que entonces volveré a arrancarle a ese ganso de Narizón todas sus plumas.

Y la Lupe se fué a cargar gasolina. Habrá, pues que volver con los sabios.

Los sabios formaban, de pie, animado grupo en la biblioteca, estando sentados, únicamente, la mujer sabia y Narizón que lo hacía en una gran silla.

—¿Qué opina del Mendelismo?—preguntaba el sabio segundo.

—La evolución que experimenta el hombre de Neanderthal—respondía el sabio tercero—hasta convertirse en el gigante de Cardiff, corrobora absolutamente esta teoría.

—¿Usted lo afirma pragmáticamente?—preguntaba el sabio primero.

—¡Peripatéticamente!—respondió el segundo.

—A pesar de todo esto—dijo el primero—¿usted persiste todavía en que la teoría Husley es auténtica?

—Yo afirmo sin ninguna duda.

—Difiero de ambos—exclamó Durante causando sensación.

Y Durante, majestuosamente, explicó.

—Haciendo unos trabajos de investigación para el Instituto Fernández... se honró llamándome a consulta el eminente profesor Ruipérez... el eximio filántropo... el cual se había enterado de lo mucho que relativamente había hecho yo por Linstein... El profesor Ruipérez dijo: Jimmy, lo necesito... Quiero consultarle a usted sobre cierto problema... que hoy preocupa a todos los grandes científicos del mundo... Nada menos que la reencarnación... No quiero que suponga usted que se trata de la Encarnación que me ha

regalado esta flor. ¡No!... ¡Es una cosa de más caletre!... ¡Digo la reencarnación!... ¡Un tema trascendental!... ¡Ja, ja!... El profesor Ruipérez y yo somos los únicos que dominamos esta cuestión... ¿Sabéis qué es la reencarnación, insensatos?... ¡Equivocados!... ¡Incomprensivos!... ¡Cerebros huecos!... Anoche... cuando dormía sobre mi almohada bordada... a pesar de ser un hombre, soñé que era una mariposa... que iba libando el néctar de flor en flor, igual que hace toda mariposita linda... ¡Yo pensaba como mariposa, y como mariposa deseaba!... ¡Y sólo era un hombre que soñaba que era mariposa!... ¿Cómo puedo en este momento, que no soy una mariposa... que sueña que es hombre?... ¡Esperad!... ¡En este instante me reconozco!

Y, cantando, añadió:

—¡Voy a volver hacia Adán!... ¡Adán y su madame!... ¡Bravo!

REENCARNACIONES

Estamos en el Paraíso. Un paraíso muy original en el que Adán, primer hombre, el padre común de todos los hombres, es el propio Durante.

Durante infinidad de siglos se había ignorado que el primer hombre hubiese sido Durante, pero Durante, con su profunda sabiduría, lo descubrió, aunque haya que poner su descubrimiento en cuarentena, pensando que de ser cierto, tendríamos todos los hombres muchas más narices y mucha más frescura.

Pero se empeña la Metro Goldwyn Mayer, y henos aquí en el Paraíso.

—¡Qué ordinariéz!—pensará alguno de esos aficionados al cine que siempre van a preferencia y no han pisado nunca el paraíso en ningún cine.

Pero en esta descacharrante cinta tampoco tendrán que pisarlo, por-

que el Paraíso aparece en la pantalla y no es costumbre que los espectadores pisen la pantalla.

Pero prescindamos de estas consideraciones que no son sino fruto del contagio ejercido sobre el narrador por el buen humor de la cinta, y continuemos narrando.

El Paraíso Terrenal tenía una puerta sobre la que había un letrero que decía «Edén».

Mirando indiscretamente a través de la puerta, se veía a Durante, en el traje primitivo de nuestro padre Adán, tendido durmiendo, entre flores, allá lejos.

De repente, Adán se despertó, se incorporó y quedó sentado en el suelo, llevándose la mano al costado.

Y luego, con verdadera ansiedad, contó una a una sus costillas, murmurando:

—Una, dos, tres, cuatro, cinco...

¡Tengo una costilla menos!... ¡Se me ha prometido una mujer a cambio de esta costilla!... ¡Hay algo de brujería en todo esto!... ¿Dónde estará mi lindísima muñequita?

Y, sentándose sobre el muñón de un árbol cortado miró a su alrededor, viendo a una muchacha que se le acercaba en el traje de nuestra madre Eva, y que le dijo:

—¡Aquí estoy!

Y Durante-Adán, contempló y miró a Eva detenidamente, exclamando:

—¡Si es una copia a máquina!... ¿Qué hueso me han dado!

... ..

Pero no le bastaba a Durante para «epatar» a aquellos sabios hacerles ver cómo él era una reencarnación de Adán, y les dijo, recobrada otra vez su forma de Narizón en el salón de su biblioteca.

—¡La reencarnación se opera de un modo asombroso!... ¡Vamos a retroceder a la época de la revolución americana en el año 1775!... ¡De aquellos hombres sólo algunos quedan hoy!... Y no es ninguno de

ustedes... ¡Momias!... ¡Yo, en cambio, sí!... ¡Yo, en cambio, sí!

Y, henos aquí en el exterior de una casa de campo. Un jinete se presentó en escena saliendo rápidamente al galope. Se presentó otro hombre con un rifle entrando por la derecha en la casa y se escucharon voces que gritaban:

—¡Paul Revere!... ¡Paul Revere!

En un balcón había un hombre y una mujer, ataviados con trajes de aquella época. Ella le besó y él salió del balcón requiriendo un rifle.

Y, por fin, apareció Paul Revere, el héroe legendario y popular de la revolución americana, sobre su caballo. Y, dirigiéndose a éste le habló, preguntándole:

—¿Dime, caballo amigo, cuántas millas más puede andar todavía a este paso?

Y el caballo le contestó (No te admires, lector, son cosas de Durante):

—Puedo andar un millón todavía.

Y luego relinchó alegremente.

Y, en vista de todo esto, Durante entonó una canción, rodeado por un grupo de oyentes, soltando una carcajada:

Que os quepa esto en la cabeza

Un hombre tiene más vidas que un gato

Estos episodios de mi carrera son la demostración

Tres pequeñas palabras: Re-en-carnación.

LA SUBASTA DE LOS LEONES

Entretanto, mientras el gran Narizón se entretenía en «epatar» a los sabios fósiles, haciéndoles ver, gracias a la pantalla cinematográfica, sus reencarnaciones anteriores, como ocurre en todos los festivales en los que se puede beber cuanto se apetezca sin aflojar el bolsillo, la atmósfera se cargaba cada momento más y más entre los invitados, y en el bar, los camareros no se daban abasto para atender a tantos bebedores existentes, todos ya un poco cargados con exceso.

Y llegaron al Bar, hablando amistosamente, Liondora, el gran duque real Pedro Demóstenes Nicolás, etc., según decía él y el millonario Clemp.

Era que éste, tras de admirar a su esposa que cada día afinaba más su sensibilidad para el amor, y ad-

mirando, sobre todo, la gran táctica del gran duque, aunque le hubiese dado resultados contraproducentes aplicada a la chula mejicana Lupe Vélez, tras de recibir de ésta el soberano empujón que le hizo rodar por tierra, encontró al gran duque y se apresuró, admirativo, a enredar conversación con él llevándose al bar, consciente de que las grandes amistades se cimentan sólidamente sobre las grandes borracheras.

Clemp se sentó y Liondora le dijo, continuando la conversación:

—Míster Clemp... si usted pudiera conseguir esos leones... yo tendría sumo placer en permitirle a usted que fuese la persona que produjese mis propias películas.

—Veamos, veamos—le contestó Clemp—señor Peloponeso... Segura-

mente no querrá usted decir que me permite invertir mi dinero en sus producciones.

Ya se veía que ambos estaban un poquito cargados de alcohol. Los criados iban por todas partes ofreciendo champán y, antes de llegar al bar, al «sancta sanctorum» del dios Baco, ya llevaban lo suyo.

Pero al millonario, al hombre de negocios, le ofendía que le hiciesen el favor de «permitirle» invertir sus dineros.

Sólo que Liondora, a pesar de la bebida, era siempre un águila, y encontró inmediatamente la respuesta en una baladronada.

—Haré todavía más—le contestó. —Le dejaré a usted que invierta en ellas todo su dinero.

—Eso quizá sea una excelente oportunidad—dijo el buenazo de Clemp que todo lo encontraba bien.

—Ahí tiene usted ahora al Barón—le dijo el duque viendo llegar al de Villa Embustes—. Vaya a hacerle la oferta.

Llegó efectivamente el Barón y llegó Knapp rodeados de muchas. Todos hablaban alegremente por los codos. El alcohol producía sus mágicos efectos. Se sentaron y Knapp y el Barón se estrecharon afectuosamente las manos. Y Clemp, sugestionado por Liondora, se acercó al dueño de los leones.

—Bien, Barón—le decía Knapp—. Yo estoy dispuesto a ofrecerle a usted cincuenta mil dólares por sus leones.

Y el Barón, hablando sinceramente y, como se dice, con el corazón en la mano, contestó:

—Acepto los cincuenta mil dólares por cualquier cosa.

Ante esta salida, resonaron alegres risas y, en esto, selló junto al Barón el millonario Clemp diciéndole:

—¡Eh, perdóneme usted, voy a presentarme!

Y sacando de su bolsillo un billete de mil dólares, añadió sentándose en el borde de la mesa mientras Liondora contemplaba el billete y muchos muchachos formaban corro alrededor:

—Soy el rey del petróleo, Harvey Clemp... Fíjese... un billete de a mil.

Y rompiéndole en pedacitos, continuó, majestuoso:

—¡Esto sólo puede hacerlo un multimillonario!

—¡Un millonario—exclamó Liondora hondamente emocionado...—. ¡Elsie, córrete un poco hacia allí!... ¡Ya encontré la horma de mi zapato!... ¡Siéntese por favor!... ¡Ponedle champán en un vaso!

Y llegó Knapp diciéndole al de Villa Embustes:

—Bueno, Barón... No se olvide

usted de nuestro trato... Entregue usted los leones en el estudio por la mañana y yo le entregaré un cheque por cincuenta mil de los grandes.

—De acuerdo, gracias.

Pero Clemp, sugestionado por Liondora y con el empeño de adquirir los leones, creyendo que era una excelente inversión de un dinero del que no sabía qué hacer, interrumpió:

—Doy sesenta.

—Yo daré setenta—dijo Knapp.

—Ochenta—añadió Clemp.

—Noventa—pujó Knapp.

—Ciento.

—Ciento diez.

—Ciento treinta—añadió Clemp.

—Espere—objetó el Barón—que olvidaron decir ciento veinte.

—Ciento veinte—dijo Knapp.

Y como había bajado, y el alcohol regía los cerebros, y todo aquello tenía la mar de gracia, Clemp pujó hacia abajo.

—Ciento diez.

—Ciento—añadió Knapp siguiendo la corriente.

—Noventa.

—Ochenta.

—Sesenta.

Y el Barón, tras de mirarlos sucesivamente a uno y a otro, con cierta escama, temeroso de que estuviesen

tomándole el pelo, les interrumpió en su pugna hacia abajo, diciéndoles:

—¡Esperen, caballeros!... ¡Que van hacia atrás!... ¡Si habían llegado a los ciento treinta mil dólares!

—Tiene razón—dijo Clemp—. Yo le ofrezco a usted ciento cuarenta.

—Yo ofrezco—dijo Knapp—ciento cincuenta, y de ese tipo no paso.

—¡Quisiera oír ciento sesenta!—exclamó el Barón extrañado de que Clemp no pujase...—. ¿Ni siquiera podría oír ciento cincuenta y cinco?... ¡A la una!... ¡A las dos!... ¡A las dos y media!... ¡Tendría tan enorme placer en oír ciento cincuenta y cinco!... ¡A la una!... ¡A las dos!...

—Es que yo quisiera ofrecer ciento setenta y cinco—dijo Clemp deseoso de maravillarlos a todos y de hacer ostentación de su riqueza.

—¡Hecho!—gritó el Barón medio loco de alegría—se adjudican al caballero de la derecha por el precio médico de ciento setenta y cinco mil dólares.

Y resonaron murmullos de admiración que acariciaron dulcemente la vanidad de Clemp.

—Quiero felicitarle—le dijo éste al Barón—. Creo que con esto ha hecho usted un buen negocio.

INTERVENCION DE MICKEY MOUSE

La atmósfera se iba cargando más y más con la intervención del champán, de los vinos generosos, del Whiskey, del Jerez, de los cocktails.

Los invitados, hartos ya de beber en los salones y no teniendo bastante, acudían ruidosa y alegremente al bar y se sentaban entre bromas y carcajadas pidiendo más bebidas. ¡Eso de beber cuanto pedía el cuerpo, y de lo bueno, sin pagarlo! ¡Y con la bebida se calienta la boca y cada vez hay más sed!... ¡Y una noche es una noche! ¡Y no todos los días se presentan cargamentos de leones procedentes del África!

Y, cuando era mayor la animación y la alegría, una voz de mujer gritó con espanto:

—¡Un ratón!

Y aquellas muchachas tan valientes con los bocadillos y las bebidas, y no menos valientes con los hombres, ante el temor de un ratoncillo, se subieron despavoridas sobre las mesas y sobre las sillas, presas de horrible pánico. ¡un ratón!... ¡Nada menos que un ratón!

Y se presentó el gran Durante que venía de maravillar a los sabios con sus teorías sobre la re-en-carnación, y se agachó mirando debajo de una silla.

—¡Ahí está! ¡Ahí está!—gritó una muchacha provocando generales carcajadas.

—¡Música, música, música!—gritó Durante.

Y luego, recogiendo de debajo de la silla a Mickey Mouse, exclamó:

—¡Ven aquí, ratoncito bonito!...
¡Ven, precioso!

Y mostrando el ratoncito al público, añadió:

—¡Es Mickey Mouse!

—¡Mickey Mouse!... ¡Mickey Mouse!—gritaron por todas partes.

Y, mientras Durante le acaricia el rabo, Mickey Mouse habló, haciendo esfuerzos para desprenderse de las manos de Narizón, hasta lograr hacerlo y caer sobre la mesa.

—¡Oye, tú!... ¡Suelta mi rabo!
¡Hot-cha-cha-cha!

Y al soltarse de las manos de Durante, alargó el hocico como haciendo burla de su enorme nariz mientras todos reían y lo animaban a continuar la burla.

Y Durante, indignado, le dijo:

—¡Un impostor!... ¡Imitando mis trucos!

—¡Qué modo de fastidiar!...
¡Qué modo de fastidiar!—le contestó el ratón.

—¡Qué ultraje es éste!—exclamó Durante mirando de un modo vago hacia el frente mientras Mickey le sacaba el hocico—. ¡Y que sea uno de mis invitados quien me lo infiere!

Y resonaron alegres las carcajadas de Mickey y de los invitados.

Y, agarrando a Mickey por el rabo, lo arrojó hacia la izquierda de la escena diciendo:

—¡Qué grosería!... ¡Después de

esto, en mi casa sobra uno de los dos!

—Está bien, amigo—le contestó el ratón—pero por eso no me arrojarás de ella.

—¿Que no, eh?... ¡Pues fíjate!

Y apareció Mickey Mouse en la pantalla mientras los espectadores reían alentándolo mientras él hacía sus monerías burlándose de Durante, presa éste de indignación entre las generales carcajadas.

—Haz alguna cosa, Mickey—gritó una voz de hombre.

Y Mickey palmoteó produciéndose a la izquierda una explosión al emerger un piano, arrojando a tierra a Mickey y por el aire las llaves del piano que, al caer sobre éste, sonaron fuertemente. Mickey se levantó lanzando silbidos.

Y, al conjuro de Mickey, brotó súbitamente del suelo el taburete del piano, saltando, obediente sobre éste para colocarse en su sitio. Y comenzó la música estrafalaria a la que nos tiene acostumbrados el simpático ratoncillo, hasta que Durante le dijo:

—¡Eh. Mickey!... ¡No hagas esas florituras y toca algo que puedan entender estos profanos!

Y Mickey cogió una partitura disponiéndose a interpretarla con su maestría de «virtuoso».

La partitura tenía el siguiente título:

*Los soldados
de chocolate caliente
letra y música
Nacio Herb Brow
y Arthur Freed.*

*Ved los bravos soldados de chocolate caliente
Marchando hacia la guerra
Seguidos por otros muchos soldados de chocolate caliente
¡Con qué ritmo marchan!
Aquí vienen...*

Y desfilaban por una calle en la que habían muchas más personas, todas de chocolate. Y continuaba el canto:

*Aquí vienen...
Con clarines de azúcar cande y tambores de chocolate
Aquí vienen... Aquí vienen...
Con sus estómagos llenos de ron
Mirad qué simpáticos...*

Y se veía a señoritas de chocolate agasajándolos.

*Señoritas de chocolate
Presenciando su partida
Les arrojan flores
Y les arrojan besos
De despedida deseándoles buena suerte
Oídme, soldados de chocolate caliente:
Caminad bajo el sol abrasador
Que calienta mucho, soldados de chocolate caliente,
Hasta ganar la batalla.*

Y los soldados de chocolate atra- neral montado a caballo, y la voz
vesaron un puente, y se vió a su ge- siguió cantando:

*Ellos darán la batalla de la vainilla
Igualmente con los rigores de los hielos
Y treparán a las montañas
Y atravesarán precipicios.*

Y se vió en la pantalla a dos soldados de chocolate conduciendo una camilla, y luego a otros haciéndolo rodar un cañón y siguió el canto:

*Es la guerra. Y hay que llevar cañones
A las trincheras.*

Después se ve a otros soldados de chocolate sobre un tanque que es una mona de Pascua con sus huevos y todo. Y más tarde, conocemos al enemigo que son los panecillos de gengibre.

Y se entabla la batalla en la que se bombardea al enemigo con galletas, con flanes y con melcocha y es un arma terrible la caña de azúcar.

Los panecillos de gengibre tienen su fortaleza, y también su general;

pero los hay que mueren ahogados por olas del almíbar que emplean sus enemigos como arma terrible.

Y hay numerosas bajas por ambas partes hasta que vencen los soldados de chocolate caliente, penetran en la fortaleza y después regresan a sus lares cubiertos de gloria y con numerosos panecillos prisioneros y son recibidos con entusiasmo por las señoritas de chocolate y volviendo a repetir la canción descriptiva.

PROYECTOS Y RECLAMACIONES

Terminado el espectáculo de Mickey Mouse y de los soldados de chocolate caliente con generales aplausos, Knapp se llevó aparte a Durante y le dijo:

—Jimmie... Estamos en un apuro... Harvey Clemp ha comprado la colección de leones del Barón... ¡El pujó más!

—¡Se ve a Liondora detrás de todo esto!... ¡El canalla!

—¡Hay que conseguir esos leones a toda costa!

Y Enrietta rompió a cantar:

—*He tenido mis momentos...*

—¡Mira!—le dijo Knapp a Durante—. Es la esposa de Clemp.

—¡Poble Clemp!

—Aquí se te presenta trabajo...

Emplea tus mañas con la señora de Clemp... ¡Tú ya sabes!

—¿Debo hacer el Don Juan?

—Tú eres mejor que Don Juan.

—¡Y también que Don Luis!...

¡Aquí tengo papel para lucirme!

Y sonó el timbre de la puerta de la entrada de la mansión y salió el mayordomo a abrir, mientras los invitados, que no tenían ya la cabeza muy firme, se preguntaban quién podía acudir a la fiesta a tales horas.

—¿Quién será?—se preguntaban.

—Tal vez sean los Barrymore... o quizá la Greta Garbo.

Y al abrir la puerta el mayordomo, se encontró ante ella a Laurel y a Hardy que se quitaron el sombrero, haciéndole señas Hardy a

Laurel para que hablase y el portero, tras de dirigirles una mirada despectiva, cerró la puerta en sus propias narices.

Y ellos, tras de mirarse mutuamente consternados, optaron por volver a llamar, abriendo el mayordomo de pésimo humor.

Laurel sacó de su bolsillo el cheque que les había dado el Barón en pago de sus leones, mientras Hardy lo buscaba en todos sus bolsillos y, al verlo en manos de su amigo, se lo arrebató.

—¿Qué quieren?—les preguntó el mayordomo.

—Queremos ver al Barón—contestó Hardy—. Al Barón de Villa Embustes.

—¿Para qué asunto?

—Pues se trata de lo siguiente... Nos compró un lote de leones... y, él... nos pagó con un cheque.

—Sí, señor—intervino Laurel—. Hemos ido por toda la ciudad tratando de cobrarlo.

Y el mayordomo, tras de mirar el cheque, preguntó:

—¿Cincuenta mil carabelas?

—Sí, señor—dijo Laurel—. El Barón nos aseguró a nosotros que una carabela vale alrededor de un dólar y medio en su nación.

—Se entiende, desde luego—dijo Hardy—que es su valor al cambio actual.

—¡Ustedes son dos tíos locos!—les dijo el mayordomo volviéndoles la espalda y cerrándoles la puerta tras de devolverles el cheque.

Laurel y Hardy se miraron y Hardy, tras de guardarse el cheque, volvió tranquilamente a llamar.

—Escuchen—les dijo el mayordomo saliendo amenazador—si vuelven a tocar el timbre otra vez... despídanse de sus brazos, porque se los arrancaré y se los haré tragar después.

Y cerró de un portazo.

Los dos amigos se miraron, Hardy rió y volvió a llamar.

Salió el portero furioso preguntando:

—¿Quién tocó esta vez?

—Yo he sido—dijo Hardy.

Y el mayordomo lo miró de arriba abajo y volvió a cerrar.

—¡Ummm!... ¡Ooooh!—hizo Hardy.

—¿Y vas a consentir eso?—preguntó Laurel.

—Desde luego que no. Ese tío no me puede alejar de aquí. Yo veré al Barón aunque para ello tenga que quedarme aguardando toda la noche.

El portero entreabrió la puerta escuchando y Hardy continuó:

—Yo quiero devolverle su cheque y que él me devuelva los leones.

—Es una gran idea. Nosotros no

necesitamos para nada sus carabinas.

—Pues claro está.

—No necesitamos sus...

—No carabinas, carabelas... ¡Huumm!

El gran duque real Pedro Demóstenes Nicolás, o sea el fresco de Liondora, se marchaba satisfecho y lleno de ilusiones contando ya con sus leoncitos. Llegó a la puerta de la mansión, la abrió para salir a la calle y se encontró ante ella a los dos espantapájaros de Laurel y Hardy, a quienes tuvo que apartar a un lado para poder pasar. Luego, creyendo que querían entrar, tocó él mismo el timbre de la puerta para que saliera el mayordomo a atenderles y se marchó tan tranquilo.

La indignación del mayordomo fue suprema al encontrarlos.

—Y ahora—les dijo—. ¡Como ustedes vuelvan!... ¡Ooooooh!

Laurel se echó a reír. La indignación del mayordomo era tan grande que no le dejaba ni pensar en nada y, distraído, se dejó la puerta abierta, y nuestros dos amigos se colaron osadamente dentro.

Una vez dentro caminaron al azar, maravillados de cuanto veían.

Les pareció ver al Barón y Hardy lo llamó:

—¡Eh, Barón!... ¡Barón de Villa Embustes!... ¡No seas grosero!... ¡Eh, Barón!

Pero el Barón maldito el caso que les hizo. Los dos amigos estaban desesperados, Hardy se llevó las manos a la boca para gritar:

—¡¡Eh, Barón!!

Una dama elegantemente vestida se les presentó, los miró a través de sus lentes y les volvió la espalda despectivamente. En la escalera se tropezaron con otros invitados. Laurel animó a Hardy y, éste se dirigió a ellos quitándose el sombrero:

—Perdonen, señores...

Pero nadie les hacía caso. Todo el mundo había bebido ya a aquellas horas demasiado y, además, tras de cuanto habían visto en aquella fiesta, los invitados no podían extrañarse de nada; lo más absurdo parecía una nueva extravagancia de Durante.

UNA CONQUISTA Y UN LEON SUELTO

En el gran salón, entonces desiertó al piano y se puso a tocar y sentó al piano y se puso a tocar y a cantar.
to, entró Henrietta, se sirvió ella a cantar.
misma una copa de champán, se

He tenido mis momentos, lo quiero confesar
Mis pequeños momentos de ternura...

Y, al escucharla, penetró en la su plan donjuanesco de conquista,
estancia Durante decidido a realizar dirigiéndose hacia el piano.

Yo he cantado sinceros amores, y he tocado la guitarra...
Entonces encontré un nuevo amor bajo las estrellas tropicales...

—¡Qué niña prodigio!—exclamó Durante.

El último tiempo de este tiempo, es un tiempo nuevo

—¡Sus notas profundas son melodías!

He tenido mis momentos, mis grandes malos momentos...

—¡Es la perfecta melodía de Rubinstein!

Pero ahora mi único gran momento eres tú...

—¡Usted me ha cautivado con su hechizo!... ¡Por favor, continúe!...
¡Pero en andante!

Y Henrietta que, mientras cantaba, escuchaba aquella voz que le decía cosas tan dulces y que tanto emocionaban su sensible corazón, se puso a vocalizar, exclamando Durante:

—¡Un nuevo estilo de cantar!...
¡Qué divinas palabras!

Y al seguir vocalizando Henrietta, añadió su galán:

—¡Para el porvenir!
—*He tenido mis momentos...*—
cantó ella.

—¡Estoy convencido!

Mis grandes malos momentos...

—Después de Carmen, usted es lo más grande que existe hoy día.

Pero ahora mi único gran momento eres tú.

Y terminó aquí la canción, se levantó y puso sus manos sobre los hombros de él iniciando un abrazo.

—Voy a tomarla a usted bajo mi protección—le dijo Durante generoso y espléndido—y a desarrollar sus dotes.

—¿Usted cree que mi personalidad y mi figura lograrán atraer al pública—le preguntó aquel loro.

—¡Lo dejará usted atontado, se le aseguro!... ¡Usted sola constituye un programa doble!

—¡Qué sorpresa será para los de

mi pueblo!... ¡Tal vez llegue a ser otra «novia de América»!

—¡Usted será la novia del mundo entero!... ¡Su fotografía andará tirada por los suelos!

—¡Usted es el empresario de mis sueños!

.....
Mientras todo esto ocurría en el gran salón, Laurel y Hardy, perdidos en el inmenso caserón y sin que nadie les hiciera caso, llegaron al bar, disponiéndose a hablarle al em-

pleado, mientras penetraba tras ellos Lupe Vélez.

—Perdone—le dijo Hardy al del bar—. ¿Ha visto usted al Barón de Villa Embustes?

—¡Oh, sí!... ¡Muchas veces!

—¡Quiero que me sirvan!—exclamó imperiosamente Lupe.

—Mister Durante dijo, miss Vélez—le contestó el del bar—que si usted venía a esta fiesta, no debía darle nada de beber.

—No me interesa lo que él haya dicho... ¡Insisto en que me sirvan!

—Ya sé, pero él dijo que bastaba ya.

—¡Tanto me da!... ¡Yo quiero que se me sirva enseguida!... ¡A mí no me toma el pelo, ni tú, ni Jimmy, ni nadie!... ¡Imbécil!

Lupe, furiosa, bramando de ira, se sentó y se quitó un zapato. Laurel y Hardy, que estaban de pie, allí al lado, creyeron que se le había caído y le dieron unos golpecitos en el hombre, ella les increpó:

—¡No se meta en lo que no le importa!

—¡Hummm!—murmuró Hardy.

Los dos amigos se encontraban desconcertados, sin saber que hacer, mirándose interrogativos uno a otro. La Lupe lanzó un bramido.

—¡Ah! ¿Queréis hacerme cara, eh?—le dijo a Hardy—. ¡Hummm!... ¡Hummm!

Y aunque parecía que se los iba a comer, en unas divertidas escenas con unos huevos que había sobre el mostrador acabaron por reírse mucho por reírse mucho y hacerse buenos amigos, hasta llegar a decirle Hardy con un huevo en la frente:

—Siéntese. Quiero hablar con usted.

—Está bien, pero acaba pronto—le contestó Lupe.

Y cuando Hardy se disponía a contarle sus penas y fatigas en busca del Barón con su cheque de cincuenta mil carabelas, se vieron venir al mayordomo con otros criados que venían buscándoles para darles una regular paliza, y salieron corriendo por aquellos pasillos y por aquellos salones, y tras ellos el mayordomo y el criado en persecución pintoresca.

—¡Pero ahí van!—dijo el mayordomo.

Y Laurel y Hardy se vieron ya casi alcanzados por sus perseguidores cuando tropezaron con la jaula en la que el barón había llevado el león que les había comprado a ellos engañándolos con su carabelas. Y treparon, huyendo, por el costado de la jaula, mientras rugía el león.

Y, sea que al subrir abriera sin querer Laurel la jaula, sea que lo hiciese adrede, para librarse de sus perseguidores, el caso es que el león

se vió la puerta abierta y saltó fuera de la jaula.

El mayordomo y el criado que corrían en persecución de los dos amigos, de repente, vieron venir al león, y lanzando un grito de espanto, sa-

lieron huyendo despavoridos como alma que se lleva el diablo.

Y varias parejas que vieron venir al león salieron también corriendo, y el pánico se enseñoreó de aquella mansión.

UN CUENTO Y UNA AVENTURA

Entre tanto, ajeno a las amenazas de Lupe, a la intervención de Laurel y Hardy, a la persecución de éstos por el mayordomo y a la inesperada libertad del león «recién cazado en las selvas africanas por el Barón de Villa Embuste», el gran Durante, con su nariz a cuestras, encantando de no haber tenido que desempeñar su papel de Don Juan con aquel esperpento, continuaba su obra de seducción ofreciéndole a Henriette los esplendores de la gloria y convenciéndole de que él era el empresario ideal que ella había soñado.

—¿Cómo podría a usted recomendarle—decía ella ofensiva y llena de optimismo entusiasmo—. Si yo tengo alguna cosa que usted desee, sólo tiene que pedírmela.

—¿Cualquier cosa? — preguntó Durante, viendo con alegría cómo se le franqueaba el camino que él necesitaba seguir.

—¡Cualquier cosa! — exclamó Henriette con voz que trascendía a entusiasmo efusivo y cordial.

—Consiga, pues, que su marido me ceda sus leones... ¡Necesito tener leones con los que luchar!... ¡Esa es mi carrera!... ¡Me es muy preciso un buen león para reemplazar a Anatole!

—¿Anatole?—interrogó Henriette intrigada.

—¡Este es Anatole!—manifestó triunfalmente Durante señalando una piel de león que hacía, en el suelo, de alfombra.

Y arrodillado junto a la piel del león, continuó:

—Todos mis éxitos, a él se los debo. ¡El fué el primer león salvaje que capturé en mi vida a fuerza de puños!... ¡De un puñetazo lo hice alfombra!

Y Durante continuó su cuento arrodillado junto a la piel de león comparada a un ropevejero.

—Anatole salió de detrás de un árbol y vino hacia mí.

Y en la pantalla vemos al león furioso y amenazador apareciendo desde detrás de un árbol.

—Yo lancé entonces — continuó Durante—el famoso grito de Narizón... y acto seguido... me arrojé sobre él... Le apreté por el cuello... Había que vencer... o morir... Le apliqué el jujitsú de la selva... y ya, Anatole fué... un gato muerto... ¡Fué otra victoria de Narizón!... ¡Un nuevo capítulo en mi libro de memorias!... ¡No le temo a ningún hombre, mujer o bestia!... ¡Así somos los Durante!

Y, Henriette, suspensa por la narración y en tono admirativo, le preguntó al héroe:

—Y después de arrinconar a Anatole... ¿qué fué lo que hizo usted?

—Le di un minuto de descanso—respondió el gran Narizón—, y luego... me abalancé sobre él de nuevo...

Y he aquí que en esto, se presentó ante aquella pareja, ante el

fanfarrón que contaba sus imaginarias aventuras africanas y ante el loro que las escuchaba con admiración y embeleso, el león que Laurel había dejado escapar de la jaula y que había sembrado el pánico en los salones y en los pasillos de aquella mansión.

Pero Narizón, acostumbrado a luchar con leones de guardarropía, dentro de cuya piel disecada se escondía su aleccionado comparsa, y en sus glorias, contándole a Henriette sus heroicidades, no se acordó de la jaula del Barón y creyó que se trataba de una bien urdida treta preparada por Knapp, a quien suponía escuchando la conversación tras de cortinas y, soberbio, excediéndose a sí mismo en el desempeño de su papel, exclamó altanero y retador:

—¿Pero qué es esto?... ¡Leoncitos a mí!... ¡Ya verás lo que es bueno!... ¡Ahuch!

Entretanto, Henriette huyó desparvorida, sin que se apercibiese de ello Narizón.

Y Narizón luchó con el león creyendo que era sólo una piel de fiera recubriendo un hombre, y los dos rodaron por los suelos. Gracias que aquel león no procedía de las selvas africanas, sino de la colección de Laurel y Hardy, y estaba anémico, padecía seguramente esa piorrea que

hace que se caigan los dientes y comía los viernes pescado en vez de carne. Pero, de todos modos, no era un hombre, obediente a las indicaciones de Narizón, sino un bruto que no sabía lo que se hacía, y apretaba demasiado, poniendo a Durante en grave aprieto.

—¡Ooooooch! — gritaba éste peleando con la fiera—. ¡Pedazo de animal!... ¡Suelta!... ¡Suelta!... ¡Suelta!... ¡Espera que logre ponerme sobre ti!... ¡Te comeré crudo!... ¡Eso es lo que haré contigo!... ¡Auuuuch!... ¡Aaaaah!... ¡Aquí sobra uno de los dos!...

Y rodaron mucho por los suelos y batallaron rudamente... ¡Ah! ¡Si llega a ser un león verdaderamente salvaje! Pero, el pobre león se cansó pronto de aquel juego y se separó de su adversario que se puso en pie. Durante, insultándolo, le amenazó con los puños y el pobre león se marchó acobardado, cabizbajo, pensativo. ¡Había encontrado barde como Laurel, ni se dejaba en aquel hombre, que no era tan coarrancar los fondillos del pantalón,

como Hardy, la horma de su zapato.

Y, al marcharse el león, dándose por vencido, Durante lanzó el famoso grito de Narizón, triunfante y retador. ¡Si él llega a darse cuenta de que había vencido a un león de verdad, cómo hubiese gritado!

El resultado fué, en definitiva, que la fama de Durante, del gran Narizón, se afianzó definitivamente.

Henrietta le aseguró a su esposo que le había salvado la vida, y éste le cedió gustoso los leones y las fieras compradas al Barón, para que su esposa conquistase la fama haciendo películas en la selva virgen.

Knapp estaba en sus glorias como empresario, aunque dudaba mucho de que aquellas cintas, aunque fuesen sensacionales, tuvieron contenido alguno de arte.

Narizón le comunicó su plan para la segunda parte de su film. Si, a veces, se ha visto, en los parques zoológicos, que un león se coma a una mujer, nunca se ha visto que una mujer se coma a un león. ¡Este será el «clow» sensacional y Henriette la actriz.

LOS APUROS DE LAUREL Y HARDY

Laurel y Hardy, aunque tenía mucha confianza en su león, y aunque el segundo era quien había abierto la puerta de la jaula, puesta la fiera en libertad, le tenían cierto respeto, por no decir cierto miedo.

Y, huyendo de ella, saltaron una tapia y fueron a caer en un campo cerrado y acotado que tenían alquilado unos desnudistas para poder lucir, entre ellos, sin miradas extrañas llenas de impertinencia, las bellas formas y las hermosas líneas con las que la naturaleza ha dotado al cuerpo humano, haciendo, al mismo tiempo, según ellos creen, acopio de salud.

Y les salió al paso un desnudista, diciéndoles:

—¡Eh, señores!... Lo mejor es

que se vuelvan por donde han venido.

—¡No era nada lo que proponía! ¡Por donde habían venido estaba el león en libertad! Así es que Hardy preguntó:

—¿Por qué?

—Esto es una colonia desnudista... y no pueden quedarse aquí, a menos que se hagan socios.

Los dos amigos se miraron, y Laurel preguntó:

—Y ahora, ¿qué es lo que hacemos, tú?

—No sé por qué demonios—le dijo Hardy—se te ocurrió abrir la jaula de los leones... ¡Hum!

—Bueno; no tuve más remedio... El león me abrió la jaula... y yo, entonces, me escapé.

—Si quieren seguirme al despacho—les dijo el desnudista—les inscribiré a ustedes.

—¡Bueno! — exclamó Hardy, dirigiéndose a Laurel—. Ya estoy metido en otro bonito lío por tu culpa.

—¡Pero no tuve otro remedio!... ¡Lo hice lo mejor que pude!

—¡Vamos!—exclamó Hardy heroicamente, haciendo tripas corazón.

Y la verdad era que aquello era el colmo. ¡Laurel y Hardy obligados a pasearse por allí completamente desnudos luciendo sus bellas formas!

¡La gordura de Laurel y la delgadez de Hardy!

TODO HABIA SIDO UN SUEÑO

Pero he aquí que, cuando más entusiasmado estaba Durante por su triunfo sobre el león, después de enterarse de que era un león de verdad, y más gratos proyectos llenos de esperanza y de gloria acariciaba, fundados en el truco de que el esperpento de Henrietta se comiese, en la pantalla, un león más o menos vivo, su esposa se despertó.

—¡Jimmy!... ¡Jimmy!... Despierta...

—¡Oh, oh, oh!... ¿Quién es?

—Yo, tu esposa... ¿Pero qué te pasa?

—¡Ah!... ¿Eres tú?... ¡He estado soñando!

—¡Pero, hombre!... ¡Has estado durmiendo más de una hora!... ¡Anda!... ¡Que llegaremos tarde a la fiesta de Lupe!

—Joan—le preguntó entonces Durante a su mujer—, díme: ¿Se parece mi cara a la cabeza de un caballo?

—No, Jimmy—le contestó ella—. A la cabeza, precisamente, no... ¡Vamos, querido!

FIN DE LA NARRACION

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

PRÓXIMO NÚMERO:

SENSACIONAL!!!

Un amor en España

Película hablada en español y filmada principalmente en España, reproduciendo hermosos paisajes de la frontera franco-española y de la región vasca, y el sol luminoso de Andalucía. Novela llena de interés y emoción, salpicada con aires del canto jondo.

Creación insuperable de la genial artista

Brigitte Helm

Producción: *U. F. A.*

PRONTO:

La muerte de vacaciones

La novela más sensacional y más nueva que se ha llevado a la pantalla. Narración subyugante llena de emoción. Una novela que se discutirá con pasión.

Acertada creación del simpático galán de moda

Fredric March

y

Evelyn Venable

Producción: *Paramunt Films*

Los grandes éxitos siempre en

Ediciones BIBLIOTECA FILMS.... ¡CLARO!

La novela que debe V. siempre pedir y recomendar a sus amigos

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

ARTÍSTICAS E INCOMPARABLES PORTADAS E ILUSTRACIONES
LITERATURA SELECTA - UNA PESETA EL TOMO

Producciones nacionales y filmadas en español

DOCE HOMBRES Y UNA MUJER ...	Irene López Heredia
VIDAS ROTAS	Maruchi Fresno-L. Tovar
LA DOLOROSA	Rosita Díaz-Agustín Godoy
TRES AMORES	Mona Maris-José Crespo
UNA SEMANA DE FELICIDAD ...	Raquel Rodrigo-A. Palacios
DALE DE BETUN	Juan de Landa-A. Colomé
EL DESAPARECIDO	Rambal-Trini Moren
EL TANGO EN BROADWAY	Carlos Gardel

Producciones extranjeras

LAS CUATRO HERMANITAS	Katharine Hepburn
CLEOPATRA	Claudette Colbert
¡LA BATALLA!	Annabella-Charles Bover
PASO A LA JUVENTUD	Martha Eggert-J. Kiepara
LOS MISERABLES	Florelle-Harry Baur
LA PRINCESA DE LA ZARDA	Martha Eggerht
VOLGA EN LLAMAS	Albert Prejean
CAPRICHIO IMPERIAL	Marlene Dietrich
NO SOY NINGUN ANGEL	Mae West
EL ULTIMO VALS DE CHOPIN ...	Sybille Schmitz
DICK TURPIN	Víctor Mc. Laglen
ENEMIGO PUBLICO NUM. 1. ...	Clark Gable-Myrna Loy
EL HIJO DEL CARNAVAL	Ivan Mosjoukine
TRÁGICA ATRACCION	Harry Baur
¡ORO!	Brigitte Helm
BOLERO	George Raft-C. Lombard
EL LAGO DE LAS DAMAS	Rosine Derean
LA CASA DE ROTHSCHILD	George Arliss-L. Young
NOCHES MOSCOVITAS	Annabella-Harry Baur
EL PEQUEÑO REY	Robert Lynen
CAMPEONES OLIMPICOS	Buster Grabbe
UN SECUESTRO SENSACIONAL ...	Dorothea Wieck-Baby Le Roy

Pedidos a: Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo.
Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

SELECCION FILMS DE AMOR

■ ■ 36 páginas de texto - Ilustraciones en papel couché - Portada a todo color - 50 céntimos ■ ■

AVE DEL PARAISO	Dolores del Rio.
BOMBAS EN MONTECARLO	Kathe de Nagy.
EL PRINCIPE DE ARCADIA	Liane Haid.
LA INSACIABLE	Carole Lombard.
EL VENCEDOR	Jean Murat.
EL TIGRE DEL MAR NEGRO	George Bancroft.
TENTACION	Joel Mac Crea.
ESTUPEFACIENTES	Jean Murat.
EL HECHIZO DE HUNGRIA	Gustav Froelich
EL MALVADO ZAROFF	Fay Wray.
EL GRAN DOMADOR	Anita Page.
LA MUJER DESNUDA	Florelle.
NOCHES DE GRAN CIUDAD	Jacqueline Francell.
VERONICA (La florista)	Franziska Gaal.
LUCES DEL BOSFORO	Gustav Froelich.
PAPRIKA (Granito de sal)	Franziska Gaal.
ESPIAS EN ACCION	Brigitte Helm.
VIAJE DE IDA	William Powell.
LOS NIBELUNGOS	Paul Richter.
HOY O NUNCA	Jean Kiepura.
EL DIAMANTE ORLOW	Ivan Petrovich.
EL ZAREWITSCH	Martha Eggerth.
QUICK MI CLOWN	Lilian Harvey.
AEROPUERTO CENTRAL	Richard Barthelmes.
DOBLE SACRIFICIO	John Barrymore.
CASADOS Y FELICES	Henry Garat.
EL PEQUEÑO GIGANTE	Edward G. Robinson.
TARASOVA	Tarasova - I. Chuvelev.
RUMBO AL CANADA	Albert Prejean.
QUE SEMANA	Adolphe Menjou.
ESCANDALOS ROMANOS	Eddie Cantor.
SATANAS	Boris Karloff.
EL MODO DE AMAR	Maurice Chevalier.
ILUSIONES DE GRAN DAMA	Kate de Nagy.
UN CRIMEN EN LA NOCHE	Madeleine Soria.
MASCARADA	Paula Vessely.
EL ARRABAL	Wallace Beery.
DESFILE DE PRIMAVERA	Franziska Gaal.
MIA SERAS	Mae Clarke.
MARIA LUISA DE AUSTRIA	Paula Vessely.
EL PELIRROJO	Robert Lynen.
<i>Producción nacional</i>	
SAGRARIO	Ramón Pereda.
EL TREN DE LAS 8.47	Actuaviva-Alady.
GUILLERMO TELL	Conrat Veid.
PATRICIO MIRO UNA ESTRELLA	Antonio Vico.

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

CANCIONERO

(El primero en su género y el que todos imitan)

32 páginas de texto: 30 céntimos cada volumen

TANGO ARGENTINO

Imperio Argentina
Azucena Maizani
Goyita Herrero
Inesita Pena
Carlos Gardel
Agustín Irusta
Irusta, Fugazot, De-
mare
Eduardo Bianco
Giliberti
Mario Visconti
De Val
Magaldi, Noda

FILMS SONOROS

Jeanette Mac Donald
Lilián Harvey
Marlene Dietrich
Janet Gaynor
Meg Lemonnier
Carmelita Aubert
Jean Kiepura
José Mojica
Roberto Rey
Charles Farrell
Henry Garat

TENORES

Hipólito Lázaro
Miguel Fleta
Emilio Vendrell

TIPLES

Enriqueta Serrano

BARITONOS

Emilio Sagi-Barba
Marcos Redondo
Eduardo Brito

BAJOS

Pablo Gorgé

VEDETTES DE RE- VISTA

Celia Gámez
Olvido Rodríguez
Margarita Carbajal
Laura Pinillos

EXCENTRICOS

Blanca Negri
Ramper
Alady
Lepe

TONADILLERAS Y COUPLES

Raquel Meller
Mercedes Serós
Elvira de Amaya
Luisita Esteso
Conchita Piquer
Estrellita Castro
"La Yankee"

CANTE JONDO

La copla andaluza
Custodia Romero
"Argentinita"
Rosarillo de Triana
Niño de Marchena
Angelillo
Lola Cabello

JOTAS ARAGONESAS

Felisa Galé.

RUMBAS Y CANTOS CUBANOS

Josefina Baker
Elsie Bayrón
Alberto H. Ribera

CANCIONES MEJICANAS

Lupe Rivas Cacho

CANCIONES AMERI- CANAS Y DE JAZZ

Trini Moren

ORQUESTAS

Orquestina Planas

CANCIONES FRIVO- LAS (No aptas para señoritas).

Olimpia de Córdoba

PEDIDOS A

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

PORTADA A TODO COLOR - PRECIO DE CADA TOMO UNA PESETA

MENTIRAS DE NINA PETROWNA Brigitte Helm
EL LOCO CANTOR ... Al Jonson
LOS PECADOS DE LOS PADRES Emi Jannings
EL DESFILE DEL AMOR ... Chevalier
EL AMOR Y EL DIABLO ... Maria Corda
LA INTRUSA ... Gloria Swanson
LA MARSELLA ... L. La Plante
ME PERTENECES ... F. Bertini
LA FIERRECILLA DOMADA ... Mary-Douglas
UN HOMBRE DE SUERTE ... Roberto Rey
CASCARRABIAS ... E. Vilches
NOCHES DE NEW-YORK ... N. Talmadge
LA MUJER EN LA LUNA ... Willy Fritsch
EL ZEPHELIN PERDIDO ... Conway Tearle
LAS LUCES EN LA CIUDAD ... Charlie Chaplin
SU NOCHE DE BODAS ... I. Argentina
DON JUAN DIPLOMATICO ... C. Montalban
EL EMBRUJO DE SEVILLA ... L. de Guevara
LA ULTIMA ORDEN ... Emi Jannings
NAUFRAGOS DEL AMOR ... J. Mac Donald
EL CABALLERO DE FRAC ... Roberto Rey
EL COMEDIANTE ... E. Vilches
LUCES DE BUENOS AIRES ... Carlos Cardel
EL TENIENTE SEDUCTOR ... Chevalier
EL SECRETARIO DE MADAME Willy Fritsch
LA ARLESIANA ... José Noguero
ENTRE NOCHE Y DIA ... Elena D'Alay
LOS QUE DANZAN ... A. Moreno
AL ESTE DEL BORNEO ... C. Bickford
M. (El Vampiro de Dusseldorf) ... P. Lorre
LA DAMA ATREVIDA ... R. Pereda
FATALIDAD ... M. Dietrich
EL PRINCIPE GONDOLERO ... Roberto Rey
AVENGALI ... J. Barrymore
CARNE DE CABARET ... Lupita Tovar
EL DOCTOR FRANKENSTEIN ... B. Karloff
RAQADA ... Joan Crawford
CATOLICISMO ... G. Froelich
KISMET ... Loretta Young
CIMARRON ... Richard Dix
EL TENIENTE DEL AMOR ... G. Froelich
DIRIGIBLE ... Jack Holt
LA DAMA DE UNA NOCHE ... F. Bertini
NACIDA PARA AMAR ... C. Bennet
AVENTURAS DE TOM SAWYER Jackie Coogan
MARIUS ... Raimu
UNA MUJER DE EXPERIENCIA Nancy Carroll
EL ANGEL DE LA NOCHE ... H. Twelvetrees
UNA CANCION, UN BESO, UNA MUJER ... G. Froelich
UNA HORA CONTIGO ... M. Chevalier
DOS CORAZONES Y UN LATIDO Lillian Harvey
RONNY ... Kathe de Nagy
ATLANTIDA ... Brigitte Helm
EL EXPRESO DE SHANGHAI ... M. Dietrich
COCKTAIL DE CELOS ... C. Bennet
UN CHICO INCONTADO ... Henry Garat
LA REINA DRAGA ... Pola Negri
VICTORIA Y SU HUSAR ... I. Petrowich
EL CONGRESO SE DIVIERTE ... Lillian Harvey
REMORDIMIENTO ... P. Holmes
¡QUE PAGUE EL DIA! ... Ronald Coman
EL IDOLO ... John Barrymore
BAJO FALSA BANDERA ... Charlotte Susa
MANCHURIA ... Richard Dix
EL HOMBRE Y EL MONSTRUO March
DAMAS DEL PRESIDIO ... Sylvia Sidney
ESPERAME ... C. Gardel
AMAME ESTA NOCHE ... M. Chevalier
EN "AS" EN LAS NUBES ... Billie Dove
LA COMEDIA DE LA VIDA ... Florelle

UNA NOCHE CELESTIAL ... John Boles
POR LA LIBERTAD ... Luis Trenker
EL MARIDO DE MI NOVIA ... Marie Glory
PRESTIGIO ... Adolphe Menjou
BOCAMBOLE ... Rella Norman
14 DE JULIO ... Rene Clair
REDIMIDA ... Frederic March
EL MILAGRO DE LA FE ... Chester Morris
LA VENUS RUBIA ... M. Dietrich
RASPUTIN ... Conrad Veidt
LA AMANTE INDOMITA ... Benj. Daniels
MERCEDES ... J. Santpere-Arco
SUEÑO DORADO ... Lillian Harvey
CORRESPONSAL DE GUERRA Jack Holt
UNA MUJER PERSEGUIDA ... C. Colbert
UNA MUJER CAPRICIOSA ... Vinne Gibson
LABIOS SELLADOS ... Olive Brook
¿DELINCUENTE? ... Boris Karloff
CRUEL DESENGAÑO ... B. Stanwick
INDISCRETA ... Gloria Swanson
EL DOCTOR ARROWSMITH ... Ronald Colman
DIPLOMATICO DE MUJERES ... Marta Eggerth
LA ULTIMA ACUSACION ... John Barrymore
LA HIJA DEL DRAGON ... Ana May Wong
¡QUE VALE EL DINERO! ... G. Bancroft
VIAJE DE NOVIOS ... Brigitte Helm
PASTO DE TIBURONES ... Edward Robinson
EL ROBINSON MODERNO ... D. Fairbanks
SOLTERO INOCENTE ... M. Chevalier
I. F. I. NO CONTESTA ... Charles Boyer
MELODIA DE ARRABAL ... Argentina Gardoel
EL SIGNO DE LA CRUZ ... March. E. Lande
TODO POR EL AMOR ... J. Klepura
DANTON ... J. Gredilla
ESTRELLA DE VALENCIA ... Brigitte Helm
CASADA POR AZAR ... Clark Gable
KING-KONG ... Fay Wray
YO Y LA EMPERATRIZ ... Lillian Harvey
MADAME BUTTERFLY ... Sylvia Sidney
EL BESO ANTE EL ESPEJO ... Nancy Carroll
VAMPIRESAS 1933 ... Warren William
S. O. S. ICEBERG ... Rod LaRoque
AMORIOS (Liebeley) ... Magda Schneider
MATER DOLOROSA ... Line Nore
LA ISLA DE LAS ALMAS PERDIDAS ... Charles Laughton
VUELAN MIS CANCIONES ... Martha Eggerth
DIME QUIEN ERES TU ... Liane Haid
NACIDA PARA PECAR ... Mae West
AUDIENCIA IMPERIAL ... Martha Eggerth
EL TESTAMENTO DEL DR. MABUSE ... Fritz Lang
EL RESUCITADO ... Boris Karloff
PARIS-MONTECARLO ... Henry Garat
FELIPE DERRELLAY ... Gaby Morlay
GUERRA DE VALSES ... Willy Fritsch
MARIA ... Annabella
TARZAN DE LAS FIERAS ... Buster Crabbe
UNA VIDA POR OTRA ... Nancy Torres
EL AGUA EN EL SUELO ... Maruchi Fresno
LA MASCARA DEL OTRO ... Ronald Colman
UNA DE NOSOTRAS ... Brigitte Helm
EL COLLAR DE LA REINA ... Diana Karenne
LA NOVIA UNIVERSITARIA ... Buster Crabbe
LA MUJER ACUSADA ... Nancy Carroll
MORAL Y AMOR ... Camille Horn
PECADORES SIN CARETA ... Carole Lombard
EL CRIMEN DEL SIGLO ... J. Hersholt
EL ABOGADO ... John Barrymore
TUYA PARA SIEMPRE ... Frederic March
EL HOMBRE LEON ... Buster Crabbe

EDITORIAL "ALAS" - Apartado de Correos 707 Barcelona -

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franco gratis.

EDITORIAL



UNA peseta